



2Ej
18A

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

“LA ADMINISTRACION DE LA CULTURA”

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

**Licenciado en Ciencias Políticas y Administración
Pública (A. P.)**

PRESENTA:

ROBERTO GARCIA JURADO



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	PAG.
INTRODUCCION	6
I.- LA CULTURA	12
A) EL CONCEPTO	14
B) LA CULTURA Y LAS CULTURAS	23
C) LA CIVILIZACIÓN	25
II.- CULTURA NACIONAL Y CULTURA DE ESTADO	32
A) LA NACIÓN	33
B) LA ETNIA	41
C) EL ESTADO Y LA CULTURA	47
D) LA POLÍTICA CULTURAL	59
E) LA ADMINISTRACIÓN DE LA CULTURA	61
III.- DE LA CULTURA POPULAR A LA CULTURA DE MASAS	67
A) EL PUEBLO	68
B) LA SOCIEDAD DE MASAS	70
C) CULTURA POPULAR VS: CULTURA DE MASAS	74

IV.- LA CULTURA POLITICA Y LA CULTURA ADMINISTRATIVA	91
A) LA CULTURA POLÍTICA	93
B) LA CULTURA ADMINISTRATIVA	95
V.- HACIA OTRA ADMINISTRACION DE LA CULTURA	99
A) LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA CULTURA	100
B) LA CONTRACULTURA	103
C) LA REVOLUCIÓN CULTURAL	105
CONCLUSIONES	107
BIBLIOGRAFIA	110

INTRODUCCION

En México, el estudio de la Administración Pública es relativamente reciente, es cierto que desde el siglo pasado han habido pensadores dedicados al estudio de esta disciplina, como Luis de la Rosa, José María del Castillo Velasco y Tadeo Ortiz, entre algunos otros, sin embargo, la instalación de esta profesión en los centros de educación superior no tiene más de veinte años, y los trabajos de investigación que comenzaron a rescatar su estudio han tenido auge a partir de la década pasada.

Es por esto que las primeras investigaciones sobre esta cuestión iniciaron por el deslinde de su campo de estudio, por identificar dentro del acontecer social el objeto de conocimiento, ubicando dentro de las ciencias sociales la disciplina encargada de ello.

Así, el renacimiento de la teoría de la administración pública se da en una constante disputa frente a la administración privada, el derecho administrativo y la ciencia política. La gestación de la disciplina ha tenido muchos de estos descabros, pues en algunos casos no bien se libraba de la sombra de la administración privada, cuando ya iba a entregarse a los brazos de la ciencia política, o a la inversa.

Empero, todos estos esfuerzos no han sido en vano, pues en la actualidad se cuenta ya con trabajos relevantes en esta materia, varios de los cuales se han realizado en México. Para recordar solamente algunos de ellos baste mencionar "La adminis--

tración pública del Estado capitalista" de Omar Guerrero, "El gobierno en acción" de Ricardo Uvalle, "Política y racionalidad administrativa" de Luis F. Aguilar, y "Fundamentos Teóricos para una crítica marxista de la administración pública" - del inglés John Holloway.

Todo este trabajo, enfocado en muchas ocasiones hacia el aspecto metodológico de la Administración Pública, ha fijado ya algunos parámetros y puntos de partida, por lo que ahora se comienza a avanzar en lo concerniente a las aplicaciones concretas y específicas de la teoría, recuperando, incluso, su historia misma.

El trabajo que ahora presento, se encamina en el rumbo de aplicar los conceptos y métodos propios de la Administración Pública a los problemas sociales. Bajo el título de --- "Administración de la cultura" he querido proponer una temática inserta en la Teoría del Estado y, más particularmente, en la Teoría de la Administración Pública. Esta temática no es completamente nueva, pues las discusiones en torno a la cultura son muy añejas, sin embargo, lo novedoso en el enfoque que ahora presento, la conjunción de los conceptos de administración y cultura, consiste precisamente en el concepto que de allí brota, el de la "administración de la cultura", mismo -- que está desarrollado a lo largo de la investigación.

De este objetivo general que me he planteado, se desagregan una serie de objetivos particulares que se cumplen en distintas fases de la exposición, sin que ello implique una sepa

ración estricta y terminante. Estos objetivos particulares son los siguientes:

1) En base a los trabajos e investigaciones que se han -- realizado para definir el concepto de cultura, formular una serie de críticas que conduzcan a la proposición de un concepto que, en primer lugar, sea acorde a los usos que se le dan en - el presente trabajo y; en segundo lugar, que sirva como base - para construir una categoría científica fuera de ambigüedades - y parcializaciones.

2) Establecer las diferencias clave entre la cultura de - masas y la cultura popular, pues su esclarecimiento no sólo resulta importante para esta investigación, sino incluso para la teoría social en general.

3) Acuñar un concepto que indique un fenómeno político manifiesto en la mayor parte de las sociedades modernas, concepto denominado "Administración de la cultura"

Resulta casi innecesario mencionar que el método de investigación no coincide con el método de exposición, pues para la primer tarea comencé por revisar distintos textos acerca de la Teoría del Estado, siguiendo con la Teoría de la Administración Pública para, posteriormente, estudiar lo relacionado a la Teoría de la Cultura y, dentro de ella, una serie de conceptos como los de cultura nacional, cultura de Estado, cultura de ma -- sas y cultura popular. Del mismo modo, las hipótesis que guían el trabajo no se cumplen en un sólo apartado, y van comprobán -

dose a lo largo del estudio. Así, las hipótesis fundamentales que formulé fueron las siguientes:

1) Considerando el desarrollo histórico del Estado moderno, a lo largo de los dos últimos siglos podemos apreciar, con relativa claridad, el fortalecimiento de éste con relación a la sociedad civil, y en este sentido distinguir la pérdida definitiva de la sociedad civil en la producción y conducción de su actividad vital, de su cultura. Si esto es así, tenemos que el Estado mantiene en su seno las prerrogativas para impulsar políticas que abarquen la totalidad social, haciendo de la dominación estatal una dominación política que utiliza como medio de acción privilegiado a la administración pública, dando origen a la administración de la cultura.

2) En tanto que la administración de la cultura presupone la debilidad de la sociedad civil, ello no redundan directamente en que el Estado sea el único productor de la cultura, no, pues lo que debe inferirse es que el Estado fija las reglas básicas de la producción cultural, permitiendo que en varios puntos de la sociedad civil se desarrollen actividades paralelas, pero que por regla general tienen referencias directas o indirectas a las modalidades establecidas por el Estado.

El método de exposición que he seguido es el de plantear el proceso social de producción, implantación y control de la cultura. Para ello, el primer capítulo se refiere a la definición del concepto de cultura; en él realicé una crítica de al -

gunas definiciones que se han dado de este concepto, pasando luego a exponer la definición que considero más correcta. Una vez hecho esto, marqué las diferencias que deben tomarse en cuenta al hablar de la cultura en cuanto categoría científica y al hacerlo en cuanto a una situación y realidad específica, es decir, a casos concretos de formaciones culturales.

El segundo y tercer capítulo explican el proceso de implantación y control de la cultura, donde la diferenciación entre los conceptos de cultura nacional y cultura de Estado y los de cultura de masas y cultura popular, determinan el modo y la manera en que estos fenómenos se constituyen en parámetros de las formaciones sociales, y en la forma en que se vinculan a los procesos políticos y administrativos de la dominación. De esta manera, analizando las relaciones entre el Estado, la administración pública y la cultura, se acuña el concepto de administración de la cultura, el cual se erige como una de las piezas clave en la explicación del papel de la administración pública en el proceso de producción, implantación y control de la cultura.

El cuarto capítulo especifica lo relacionado a la cultura administrativa, la cual se entiende como un producto y a la vez una condición de la administración de la cultura. De esta forma, la cultura administrativa, situada en la perspectiva más global de la cultura política, apunta hacia la tipificación de esta última, señalando la evolución que dentro de ella ha seguido la cultura administrativa.

Una vez expuesto en el primer capítulo lo que debe entenderse por cultura, y posteriormente lo que debe entenderse por administración de la cultura y cultura administrativa, el quinto capítulo intenta plantear una serie de derroteros que puede seguir la transformación cultural, de los cuales se indican -- sus posibilidades y limitaciones en función de todos los considerandos que se vierten a lo largo del trabajo.

Para terminar esta breve introducción, sólo me resta decir que, efectivamente, en los momentos actuales la Administración Pública tiene frente a sí una serie de problemas que exigen su atención inmediata, sin embargo ¿qué necesidad más imperante -- hay que la de conocer y descifrar la esencia misma de la administración? ¿cuál sería nuestra opción al concebir una administración estática y con fines preestablecidos? Sin duda alguna -- el identificar sus posibilidades y limitaciones, sus tendencias intrínsecas y sus capacidades de cambio, constituyen una tarea de la que, a la larga, nos sentiremos satisfechos.

I.- LA CULTURA

La naturaleza humana tiene una serie de características que la distinguen de las otras especies animales. De entre todas ellas, destaca la que da sentido y coherencia a todas las demás. Esa característica particular es la posibilidad de encaminar sus acciones a un fin específico, previamente concebido. Esto, en otras palabras, representa la capacidad humana para abstraer del mundo material determinadas constantes y, con ello, la posibilidad de distinguir sus correspondientes variables.

Esa actividad consciente del ser humano ha logrado producir herramientas, utensilios e implementos que median entre su ser y la naturaleza; entre su conciencia y la realidad objetiva.

Pero esa capacidad sólo adquiere sentido al remitirla a la tendencia humana de asociación y, más aún, únicamente se adquiere en el contacto y relación social que se establece con otros individuos, los que le transmiten su experiencia personal, haciendo posible una experiencia social.

Ahora bien, esta actividad consciente del hombre tiene dos improntas que definen su carácter, otorgándole uno más complejo y, a la vez, más completo, dependiente de ellas mismas. La primera de ellas es la realidad física, material, --- geográfica, de la que se ve rodeado todo hombre, todo grupo -- social en su actividad cotidiana. La segunda de ellas es la

referencia histórica, es decir, la existencia de generaciones anteriores y posteriores. Estos dos elementos no sólo matizan sino que, además, definen la estructura de la actividad por medio de la cual el hombre actúa sobre el medio físico y sobre sí mismo a través de la sociedad.

Desde que el hombre adquirió la posición bípeda y creó -- sus primeras herramientas han transcurrido ya varios milenios, y si en la actualidad miramos a nuestro alrededor, observamos un mundo de artefactos e instituciones que nos hacen difícil pensar seriamente en el "buen salvaje". Ahora, en esta época, podemos observar desde enormes complejos industriales hasta singulares poemas épicos, todo lo creado por la mano y el ingenio humano.

Vivimos en un medio plagado de necesidades primarias y secundarias que se confunden, un medio que en muchas ocasiones se presenta como extraño para el ser individual y, en determinadas situaciones, se torna hurraño para el hombre como género. Pero, sin posibilidad de réplica, todo esto es producto de la larga evolución social que ahora vemos desembocar en lo que llamamos "nuestra cultura", la cual continuará por perspectivas apenas imaginadas y, mucho menos, previsibles, presagio -- que amenaza la existencia humana y, además sitúa en entredicho y contradicción a su misma naturaleza primigenia.

a) El concepto

La palabra cultura, en su sentido semántico, hace referencia al cultivo y labranza de la tierra. Por ello, su sentido actual ha sido adquirido por medio de una extensión metafórica, que designa, burdamente, el cultivo y desarrollo del hombre, del hombre en sociedad.¹

A partir de este criterio general se han desprendido múltiples definiciones, algunas de las cuales atribuyen a la cultura el cultivo de las "buenas maneras" o, también, el cultivo de las "bellas artes". Pero, para los fines del presente trabajo, esto es, más que una pequeña parte, una distorsión de lo que incluye, o puede incluir, dicho concepto.

Ahora bien, para proceder sistemáticamente, la primera definición de cultura que debemos desechar es la que opone a ésta a la naturaleza, pues pretende diferenciar, por un lado, lo dado y preestablecido sin el concurso humano y, por el otro, lo creado a partir de la actividad humana. Así, con este supuesto, pretendería establecerse que la relación existente entre naturaleza y cultura se define partiendo de una relación inversa, esto es, que una de las dos gana terreno en cuanto --

1.- Para examinar el desarrollo histórico del concepto de cultura véase Bagby, Philip. La cultura y la historia. Ed. -- Taurus, Madrid, 1959.

lo pierde la otra. Uno de los argumentos utilizados para sustentar este juicio es el creciente dominio del hombre sobre -- las fuerzas naturales, cosa que se ha entendido como un "desarrollo cultural". A reserva de tratar este problema a profundidad en el siguiente apartado, debemos adelantar algunas observaciones. Lo primero es afirmar que la cultura misma es -- naturaleza, es la parte de ésta que el hombre conoce y posee, -- que el hombre ha transformado con el fin de ampliar su campo -- de acción natural.

Efectivamente, la materia, ya sea orgánica o inorgánica, está sometida a determinadas reglas de convivencia y armonía, de tal suerte que la transgresión de una gran parte de los ordenamientos de convivencia natural, ponen en peligro el eco -- sistema donde habita el género humano, y esto no prueba más -- que la necesidad de ceñirse a estos dictados, entendiéndose de una vez y para siempre, que naturaleza y cultura no constituyen una ecuación irresoluble, sino la armonía del género humano con el reino natural.

La segunda definición a descartar es la que concibe a la cultura como un todo indiscriminado, en la que coexisten los instrumentos, herramientas, bienes materiales, ideas, costumbres, artes, relaciones sociales, instituciones, etc. Esta -- concepción plantea la cultura como la actividad que el hombre realiza sobre la naturaleza, sobre los otros hombres, sobre sí mismo y, consecuentemente, incluye todos los productos que obtiene de esa actividad.

Uno de los autores que toman el concepto de cultura como un todo interconectado es Leslie White, quien distingue tres subsistemas culturales: el tecnológico, el sociológico y el ideológico. En el primero incluye los instrumentos, materiales y herramientas que el hombre utiliza en la producción de su vida material; el segundo se compone de la intrincada red de relaciones sociales e individuales, y el tercero incluye las creencias, hábitos y costumbres de cada sociedad.²

Este tipo de definiciones tiende a distinguir dos partes de la cultura; la cultura material y la cultura espiritual, -- donde la primera está constituida por los productos tangibles y la segunda por las cualidades subjetivas del ser humano. Sin embargo, esta concepción poco ayuda en la definición correcta de la cultura pues, pertrechados en ella, puede llegarse a -- afirmar que en tanto "la rumba es cultura"; "el disco es cultura"; "el libro es cultura" y, en fin, todo es cultura, no hay nada que discutir, y la cultura seguirá siendo ese concepto -- cómodo que sirve para designar cuanto se nos ocurra.

Para no continuar descalificando una por una las definiciones que de cultura se han dado, puesto que para ello no bastaría el presente trabajo, habrá que proceder a clarificar lo que en este escrito se entiende por cultura. Anteriormente se

2.- Véase White, Leslie. La ciencia de la cultura. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964.

dijo que, desde un determinado punto de vista, ésta designaba el conjunto de bienes materiales que el hombre extrae de la naturaleza, las habilidades que emplea para su creación y la organización social por medio de la cual extrae y explota esos bienes. Pues bien, esta inclusión totalizadora no tiene sentido si no aclaramos que, en efecto, casi todo lo que hace el hombre es cultura, su cultura, aún siendo que todos los materiales que utilice en la creación de sus bienes sean ofrecidos directamente por la naturaleza. Pero la transformación que el hombre realiza sobre los materiales, sobre la sociedad y sobre sí mismo, sólo tiene sentido para él, para su sistema cultural, es decir, sólo se reconoce como actividad encaminada a un fin por la sociedad que creó esos bienes, ese sistema de convivencia social y esas ideas o valores. Fuera de ese sistema cultural todos sus productos, símbolos e instituciones degeneran en acciones realizadas sin fin específico, o sea, -- que otros hombres no se reconocen en esas obras. La actitud más frecuente es la de una contemplación antropológica, que -- intenta descifrar los significados y conexiones de ese sistema, pero sin perder nunca un marcado complejo de superioridad, que sólo permite apreciar culturas folklorizadas, arcaicas.

Ya Herman Heller, en 1934, decía muy atinadamente:

"La cultura no es, pues, una libre creación de realidad, condicionada únicamente por el poder del espíritu humano, -- sino una conformación de la realidad sujeta a leyes psíquicas y físicas del hombre y de su material.

"Para nosotros, la cultura es aquella porción del mundo que cabe concebir como formación humana encaminada a un fin. - El hombre al labrar la tierra, construir casas, crear obras de arte o formarse en sí mismo o a los demás de modo consciente e inconsciente, es portador de cultura, posee y crea cultura.

"No se debe, sin embargo, pasar por alto el hecho de que todos los bienes significan únicamente una posibilidad de cultura y nunca su realidad.³

Efectivamente, cuando los bárbaros, encabezados por Atila, invadieron el Imperio Romano destrozando monumentos, edificios y la ciudad entera, no veían en esa ciudad un bien cultural, a lo sumo reconocían la cultura de sus enemigos, la que se afanaron en destruir, ya que, en esos bienes, distinguían símbolos culturales de los romanos. Del mismo modo, cuando los españoles invadieron América destruyendo Tenochtitlán; El Cuzco y las ciudades circunvecinas, no se portaron menos benevolentes que los bárbaros en Roma, aunque, en este caso, si bien los españoles quedaron maravillados ante el esplendor de estas ciudades, también se aplicaron en la destrucción de las mismas, --- pues poco comprendían, y menos les importaba, la significación política, religiosa o social de cada monumento, de cada construcción.

Por lo tanto, si estamos de acuerdo en que la cultura - -

3.- Heller, Herman. Teoría del Estado. Ed. FCE, México, 1981, - Pág. 54.

está en el hombre mismo, y que aún cuando sus restos materiales no son reconocidos por otros hombres o éstos no se reconocen a sí mismos en tales obras, si esto es así, resulta correcto afirmar que aquello situado fuera del hombre es producto de su cultura, una extensión de ella.

El concepto de cultura vale no por la amplitud o pequeñez del ámbito que designa, sino por referirse al mecanismo y la complejidad con la que el hombre convierte la realidad en patrimonio propio; su situación social en conducta individual. Este tránsito hace de la cultura un informante de la sociedad, y por consecuencia, del individuo. De tal suerte que la cultura no es la totalidad de valores espirituales y morales de una sociedad, o la totalidad de instrumentos, bienes materiales y herramientas que posee una comunidad, sino el conjunto de normas, actitudes y conocimientos que permiten al hombre de esa sociedad reconocerse en los implementos materiales, guiarse por los preceptos morales y continuar la línea de lo que es resultado y --proyección de su propia cultura.

"Si es necesario encontrar un sentido de la noción de cultura, sería aquél que ligaría la oscuridad existencial a la forma estructurante. Es necesario, pues, considerar la cultura como un elemento que logra comunicar -dialectizado- una experiencia existencial y un saber adquirido. ⁴

4.- Morín, Edgar. Del análisis cultural a la política cultural.
Ed. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Caracas, 1971, pág. 2.

Así pues, la cultura es aquella capacidad psíquica que -- crea, reconoce y materializa símbolos; donde la materialización es factible gracias a la continua abstracción humana, el reconocimiento posible gracias a la vida en sociedad y la creación es posible a partir de las posibilidades físicas y orgánicas del ser humano.

Empero, el concepto anterior no autoriza a pensar, mecánicamente, en una cultura libresca, sólo aprendida en academias y escuelas. La cultura-saber es la apropiación individual por -- parte de un miembro de la sociedad, que sólo adquiere su sentido social en la inserción específica de ese miembro en los distintos aspectos de la actividad social: economía, política, religión, etc. De ahí que la cultura dé cuenta de sociedades y -- no de individuos, de la historia y no de hazañas heroicas. Así, podemos comprender que si la historia es el conjunto de los avatares de una sociedad y ésta se informa e identifica por su cultura, lo que debe estudiarse en la historia es la manera, la -- forma en que los hombres producen su vida material y espiritual, el proceso conformador de la cultura. Es por eso que los Robinson Crusoe y los Adán y Eva, tienen poca trascendencia para la cultura y, consecuentemente, para la historia; son productos de la cultura y no productores de ella.

Las concepciones que toman a la cultura-saber como a la -- cultura en general pretenden desvirtuar las situaciones sociales, y hacer aparecer a la cultura como algo distinto de la po-

lítica, la economía o la ideología, siendo que esa cultura-saber no es más que un determinado concepto de la cultura, concepto cargado de una serie de implicaciones ideológicas dignas de analizarse.

Una vez que las distintas discusiones y reflexiones teóricas han establecido que la ideología no redundaba necesariamente en una falsa conciencia, y que la ideología es un conjunto de ideas consciente e inconscientemente adquiridas así como una práctica social concreta, puede iniciarse una disertación acerca de las cercanías y distancias que separan o reúnen a la ideología y la cultura.

La ideología, como un sistema de ideas elaborado, es atributo de los miembros de una sociedad, empero, el sentido de la ideología se inscribe en la pertenencia a clases sociales diferenciadas cuya visión de la sociedad, la cultura y el mundo en general, articulan su proyecto de vida, de convivencia social. Esta ideología, en algunos casos más y en otros menos elaborada, no es sólo una parte de la cultura del ser humano, o de la sociedad en su conjunto, no, es aquella parte de la cultura que es la vertebra, que funge como su sistema nervioso. Gracias a ella, la cultura no se acumula como un sinnúmero de conocimientos, nociones o costumbres carentes de orden y coherencia. Gracias a la ideología, la cultura es asimilada y proyectada de una manera particular, de distintas formas, dependiente de las clases sociales de que se trate.⁵

Lo anterior permite concebir la posibilidad, y el hecho, de que dentro de una misma formación social, con una cultura compartida, las distintas clases posean diferentes ideologías, ideologías incluso oponentes y contrapuestas. Ciertamente, la cultura es patrimonio de la totalidad social, sin incluir, por -- ahora, que existen subculturas⁶ correspondientes a cada clase social, a sectores específicos o a grupos étnicos muy localizados. Subculturas que, en sus elementos esenciales, participan de la cultura como un todo, pero que en su especificidad, poseen los gérmenes de una nueva cultura, que incluye transformaciones desde lo más profundo hasta lo más superficial.

Sin embargo, no debemos perder de vista que la lucha entre clases y la proposición de distintos modelos de convivencia se dan primeramente en el campo de las ideologías, de las ideas del mundo, la sociedad y el hombre. La transformación ideológica se da más rápidamente que la cultural, pues esta última entraña no sólo un cambio en las concepciones, sino también en las prácticas individuales y sociales, y con ello un

5.- Véase Castro, Nils. Cultura nacional y cultura socialista. Ed. Casa de las Américas, Colec, Cuadernos CASA No. 18, La Habana, 1978, pág. 116.

6.- El prefijo sub tiene dos sentidos distintos que conviene distinguir; el primero se refiere a una cosa que está por debajo de otra, tal es el caso de subterráneo, subjefe, etc., y el segundo se refiere a una parte de algo, por ejemplo; subsector, subsistema, etc. En el presente trabajo el prefijo se utiliza en el segundo sentido.

cambio en las propias estructuras materiales; en la conformación de las fuerzas productivas y su disposición en la sociedad.

b) La cultura y las culturas.

La dimensión física, material, y la dimensión histórico-social, nos permiten eludir un problema político creado artificialmente. Existe "la cultura" como concepto científico que designa una determinada realidad, donde el conjunto de características incluidas en tal concepto pueden distinguirse en todas y cada una de las sociedades humanas de las que se tenga memoria. Pero, además, existen "distintas culturas", es decir, -- distintas estructuras que poseen coherencia interna propia, y sus elementos responden de una manera particular hacia esa forma estructurante.

Aunque todavía es muy difícil encontrar un patrón, un esquema por medio del cual pudieramos clasificar y ordenar las características de las distintas culturas, continuamente se habla de rasgos culturales propios de cada sociedad, y con ellos se designan sesgos, conductas, instituciones que pueden o no tener su equivalencia en otras sociedades. Los rasgos culturales son conductas regularmente observadas en una comunidad, y una tentativa diferenciación de esos rasgos puede hacerse a partir de los grandes ámbitos donde se reparte la conducta humana. Así, el modo de producción prominente en cada sociedad,

el desarrollo de las fuerzas productivas, el avance tecnológico, su organización política y su comportamiento religioso, -- pueden utilizarse para ubicar los distintos rasgos que componen su cultura. Pero esto continúa lejos de poder pregonarse como esquema clasificatorio y es, apenas, un punto de partida.

Durante mucho tiempo, las clases dominantes han postulado su cultura como la única cultura, como la única forma posible por medio de la cual la sociedad forma a los individuos y se forma a sí misma. Por ello, cuando en una formación social se destacan rasgos o reminiscencias de otras culturas, alejadas -- por el tiempo a la distancia, se les intenta evidenciar como -- disfuncionales, caducas o exóticas. Es decir, se evidencia su no pertenencia a dicho sistema cultural.

Cuando en 1917 la Revolución Rusa estremecía a ese país -- y al mundo entero, y esto debido a su gran resonancia y a sus alcances todavía poco poderados, la sociedad europea clamaba -- por el peligro de la extinción de la "cultura occidental". -- Obviamente, los agoreros de tal peligro eran portavoces de la burguesía, y la cultura occidental a la que se referían era -- la del capitalismo en su etapa imperialista.

Es por esto que la palabra cultura tiene una significación muy precisa dentro del discurso político moderno, dentro del discurso de la dominación. Las clases que utilizan dicho término se refieren a un mismo complejo de actividades sociales, pero organizadas de modo distinto, dependiendo de quién--

las utilice, y donde los seres humanos entran en una relación que distingue una formación de otra, una cultura de las demás.

La religión, por un lado, y la cultura, en su aspecto general, por el otro, han sido víctimas del mismo proceso pernicioso. Su estructura de conocimiento ha sido sustituida por su estructura de poder. La iglesia, específicamente, ha sustituido el sentimiento religioso de una comunidad por el respeto a una estructura jerárquica, donde la explicación del mundo y del hombre pasan a segundo plano, siendo privilegiado el control político y social que se ejerce sobre los creyentes. ⁷

c) La civilización.

De las tantas definiciones de cultura, hay algunas que la oponen a la naturaleza: todo lo que no sea naturaleza es cultura. Hay otras que la oponen a la barbarie, diciendo que la cultura es una etapa del desarrollo de la humanidad, en la que el hombre vive civilizadamente, que ha dejado de ser nómada y su acción y organización social se orientan ya no sólo a la satisfacción de esas necesidades primarias, pues esto se ha cumplido en una etapa anterior, y en la actualidad se aboca ya a la satisfacción de necesidades complejas, derivadas, que --

7.- Véase Martínez Estrada, Ezequiel. Análisis funcional de la cultura. Ed. Diógenes, México 1971.

han pasado a ser tan fundamentales como el alimento, el vestido o la habitación.

Estas últimas definiciones equiparan cultura con civilización, pero hay otras que oponen ambos términos, sosteniendo que la civilización es el mundo material de la sociedad y la cultura su mundo espiritual.⁸ Por tal motivo, se hace imprescindible -- examinar con mayor detalle la unicidad o diversidad de ambos términos.

Para comenzar, sea cual sea el concepto que de civilización se dé, resulta indiscutible que la mayor parte de los países son civilizados. A esto habrá pocas veces que se opongan, pero el problema surge cuando se intenta establecer qué debe entenderse por civilización.

El hecho significativo e histórico que marca el comienzo de la civilización se constituye a partir de un avance decisivo en la división social del trabajo. Ese hecho se da con las sociedades industriales modernas: con la aparición de las ciudades. La sociedad industrial, que lleva necesariamente aparejada a la ciudad como su asentamiento y centro de operación, permite que la acumulación de las fuerzas productivas dispersas en la sociedad y el territorio, se reúnan para dar un salto ya no cuantitativo sino cualitativo, un salto de la cantidad a la calidad.

8.- Por ejemplo, Ezequiel Martínez Estrada afirma que: "La cultura occidental se inserta en el sistema más amplio de la civilización e, inversamente, la civilización oriental se inserta en el sistema más amplio de cultura". "Donde la diferencia entre Occidente y Oriente queda marcada por la civilización, en el primero, y por la cultura, en el segundo, es decir, que en tanto el primero privilegia el desarrollo tecnológico e industrial, así como el espíritu práctico, el segundo tiene un fuerte apego a los valores espirituales, las tradiciones, costumbres y artes.

Así pues, el rasgo característico de la civilización lo --
constituye la existencia de las ciudades, pero ¿qué cosa son --
las ciudades?

Philip Bagby dice que lo determinante en la constitución
de las ciudades "Es el hecho de que muchos o la mayoría de los
habitantes de una ciudad no trabajan en la agricultura, o qui-
zá, puesto que deseamos también excluir los poblados de caza y
pesca, digamos que los habitantes de las ciudades no están en-
su mayor parte ocupados en la producción de alimentos, Es es-
ta ausencia de la necesidad de producir directamente su propia
comida la que probablemente hace que los habitantes de las ciu-
dades puedan dedicar todo su tiempo a la especialización y com-
plicar su cultura. Esta libertad hace también que puedan via-
jar, comerciar y ejercer un poder militar sobre amplias zonas,
extendiendo así su cultura."⁹

Ciertamente, una ciudad no lo es realmente por el mero he-
cho de tener rascacielos, grandes avenidas o concentraciones -
poblacionales de consideración, no, se constituye así desde el
momento en que la mayoría de sus pobladores no tiene como acti-
vidad primordial la producción directa de su vida física, bio-
lógica. Sólo conceptuando de esta manera a la ciudad puede --
comprenderse el elemento de fondo en la contradicción campo --
ciudad, elemento constituido por la división social del traba-
jo que no sólo polariza esta relación, sino que además, al - -

9.- Bagby, Philip. La cultura y... pág. 197.

interior de las ciudades, tiene fuertes implicaciones.

En la mayor parte de las ciudades del mundo existen barrios obreros, barrios administrativos, zonas industriales y comerciales, ciudades universitarias, zonas residenciales, -- cinturones de miseria y un sinfín de circunscripciones urbanas que muestran como la ciudad parcela la actividad social. -- De este modo la familia, unidad básica durante los primeros tiempos del capitalismo, se ve divorciada del hogar, de su residencia. Ya no existe la identificación entre casa y familia, la familia tiene por hogar a la ciudad en su totalidad, -- y nada de ella le pertenece exclusivamente.

Debido al fenómeno urbano, a la sociedad industrial en su conjunto, se da la posibilidad de que cierto número de personas estén liberadas de la necesidad de producir los bienes necesarios para su existencia, y de este modo puedan dedicarse a labores y actividades que amplían los horizontes culturales de esa sociedad.

Esta separación del ser humano entre su trabajo manual y su trabajo intelectual, encarnada en distintos grupos de seres humanos, hace de la ciudad un baluarte del capitalismo, -- su materialización desnuda y procaz. Este mismo hecho ha dado pauta para que las ciudades sean, por excelencia, el asiento del poder político del Estado moderno, De tal suerte que el control territorial de un país, tiene su culminación en -- el dominio de la ciudad o ciudades más importantes, y es ahí donde el capitalismo tiene su centro vital y la concentración

total de todas sus contradicciones.

La ciudad, ahora más que nunca, adquiere vital importancia para la Administración Pública, la Sociología, la Ciencia Política y para toda disciplina que pretenda estudiar a la sociedad moderna. Siendo que en ellas vive la mayor parte de la humanidad, y que esta tendencia se agudiza al paso de los años, su importancia resulta natural, espontánea. En ella los problemas de habitación, salud, trabajo, tiempo libre, educación, etc., son ejes básicos sobre los cuales a diario se materializa la lucha de clases, disputando los más ínfimos resquicios del control social.

En los años que corren, nuestra cultura es producida, distribuida y consumida, primordialmente, en las ciudades.

Como último acotamiento, e inclusión necesaria en torno a esta reflexión sobre la cultura, debemos mencionar que no todas las opiniones van en el sentido de considerar a la cultura como un desarrollo humano, es decir, que el progresivo dominio del hombre sobre la naturaleza, sobre sí mismo y sobre su sociedad, no son, necesariamente, los preceptos ideales por los que debe guiarse el quehacer social.

Existe una teoría filosófico-antropológica, muy socorrida últimamente, cuyas tesis sostienen que la cultura aleja al hombre de sí mismo, de lo que constituye su naturaleza intrínseca.

Esta teoría considera que la interposición de herramientas y utensilios entre el hombre y la naturaleza y a su vez la interposición de costumbres, valores y convenios morales entre-

el hombre y sus demás congéneres, producen una represión de sus instintos más naturales, de los instintos radicados en su animalidad más vívida. 10

Bajo este supuesto se pretende que la asociación del hombre, necesaria para la producción de su cultura, conlleva una limitación a su personalidad individual. Siguiendo esto, tendríamos que el hombre gana en complejidad y riqueza cultural - lo que pierde en la satisfacción de sus instintos, de sus instintos sexuales fundamentalmente.

De tal suerte que el actual nivel cultural, la civilización, está fundado en la represión del hombre, en el sacrificio de su comportamiento instintivo.

Los portavoces de esta teoría reconocen, como indudable, - la asociación del hombre como condición primigenia para la elaboración de su cultura. Lo que anteponen con sus reflexiones es la existencia de dos tendencias innatas en el ser humano, - que se oponen persistentemente; la una persiguiendo el mayor dominio del hombre sobre la naturaleza y la sociedad, y la otra encaminada a relacionarse sin ningún tipo de convención, para posibilitar así, la manifestación desinhibida de todos sus sentidos e instintos.

Sin embargo, no hay tal contradicción, y el reconocimiento de estas dos tendencias contrapuestas no es más que un produc-

10.- Para ahondar en el tema puede consultarse el libro de --- Herbert Marcuse Eros y-civilización, y el de Freud El malestar en la cultura

to de esta "cultura", de la cultura occidental. Para ello ha--
bría que reflexionar sobre otro tipo de convivencia social, una
que viniera con el rompimiento de tantas convenciones e institu
ciones represivas.

II.- CULTURA NACIONAL Y CULTURA DE ESTADO

Ya en el primer capítulo se mencionaron las distintas concepciones que sobre la cultura existen y, también, lo que deberá entenderse por ella para los fines del presente trabajo. Ahora puede pasarse a examinar una cuestión más particular: el análisis de la cultura nacional y la cultura de Estado, con lo que se abre una nueva fase del presente estudio.

Al concepto de cultura se le han agregado una serie de adjetivos que, en la mayor parte de los casos, pretenden reducir o precisar diversos contenidos, así, es común encontrar fórmulas tales como: cultura nacional, cultura de Estado, cultura popular, cultura de masas, cultura política, cultura de élite, etc. Sin embargo, todos estos calificativos no se refieren a una misma variable o, más claramente, se refieren a distintos tipos de variables, designando, unos, una parte de la cultura y otros, una determinada forma para la producción de ésta.

En el presente capítulo, al examinar la cultura de Estado y la cultura nacional, se sitúa la cultura en un nivel más próximo a nuestro objetivo, es decir, con estos conceptos la categoría de cultura adquiere un giro muy importante, que ayuda sustancialmente en la comprensión de la realidad política-contemporánea.

Cuando anteriormente se planteó que para definir a la cultura era conveniente partir concibiéndola como la actividad humana encaminada a transformar la naturaleza, la sociedad y

el hombre, se hablaba todavía en un plano muy general, apenas -
descriptivo, ahora, lo que debemos analizar es el aquí y ahora;
la actividad del hombre definida por el tiempo y el espacio, -
por la historia y el límite de las relaciones sociales.

a) La nación.

En el vocabulario político moderno, la palabra nación ocupa un
lugar privilegiado. Se habla de liberación nacional, orgullo
nacional, cuestión nacional, etc., y al utilizar estas expre--
siones puede parecer definitiva la aseveración que amparan.---
Por ejemplo, basta mencionar que un asunto es de interés nacio
nal para acallar múltiples objeciones, como si se adujese una-
razón divina.

Lo cierto es que en la actualidad, hablar de nación sin re
ferirse al Estado y referirse a un Estado sin nación, no resul
ta menos paradójico que hablar de un príncipe sin súbditos. To
dos los Estados modernos son Estados nacionales o, por lo menos,
están en vías de serlo.

Para comprender lo anterior debemos hacer un poco de histo
ria: describir el nacimiento del Estado-nación. Aunque para -
ello tengamos que recurrir a la historia de los países más de-
sarrollados de Europa, dado que en ellos fué donde se comenza-
ron a gestar los primeros Estados nacionales. No así en los
países subdesarrollados, donde la constitución de los Estados-
y su marcado carácter nacional se dieron hasta épocas muy ----

posteriores.

La transición del feudalismo al capitalismo tiene un interin conocido como el Estado absolutista, fenómeno social que se remonta a los siglos XV y XVI. Los países donde mejor se aprecia este proceso son Inglaterra, Francia y Alemania. Aquí, el Estado absolutista partió de una situación social abigarrada, donde la parcelación del territorio, cristalizada en los feudos, representaba un serio problema para la acumulación de capital y para el fortalecimiento de un nuevo Estado. El hecho de que en cada feudo existiese un señor con sus respectivos siervos y que entre ellos se diera una típica relación de dominación, aunado al carácter cerrado de sus economías, impedía la libre circulación de mercancías, imposibilitaba la generalización de la circulación monetaria y, consecuentemente, la creación de un mercado interno resultaba poco menos que imposible. Del mismo modo, la atomización de los feudos desperdigaba la dominación política, sin que los monarcas pudieran tener un efectivo dominio sobre los siervos localizados en su territorio y, mucho menos, sobre los señores feudales. Esta parcelación de las actividades políticas y económicas llevaba aparejadas innumerables diferencias de usos y costumbres e, incluso, sesgos en el idioma.

Dicha situación, característica de la época medieval, constituía la mayor traba para el ascenso de la burguesía, clase social que se comenzó a reproducir, precisamente, a partir del mismo sistema feudal, a partir de que éste desarrollara el co-

mercio con Oriente y con la nueva porción del mundo "descubierta", o sea, América.

El desarrollo del capitalismo exige, primeramente, la creación de un mercado interno, la liberación de la fuerza de trabajo, un originario proteccionismo comercial, un cambio en las relaciones políticas de los ciudadanos y un régimen político garante de esas condiciones. Todo lo cual chocaba de frente con el régimen feudal.

Ante estos hechos, surgió el Estado absolutista, instaurándose como un régimen de transición, un régimen que, en lo fundamental, continuaba funcionando con los feudos como unidades políticas y económicas básicas, pero que, poco a poco, comenzó a brindar los espacios necesarios para la acumulación de capital, para la creación de un nuevo orden.

Sobre ello hay una discusión que aún no termina, relativa a situar en el Estado, o en la sociedad, los avances más visibles del capitalismo. Una de esas interpretaciones es que mientras el Estado seguía siendo de un corte feudal, la sociedad se hacía cada vez más a las exigencias y modalidades del capitalismo o, -- la revisión contraria; que ante una sociedad con marcadas características feudales, el Estado comenzaba a implantar y afirmar -- los fundamentos del capitalismo, erigiéndose como un Estado burgués.

De ambos lados existen argumentaciones más o menos sólidas. -- La primera versión arguye que en la sociedad la ruptura de los -- vínculos feudales estaban constantemente activada por la proli --

fracción comercial y la expansión y complicación de los procesos productivos en los talleres manufactureros, sin poder hablar, todavía, de una producción industrial. Estos supuestos contrastaban con un Estado donde el monarca continuaba contando con una corte constituida, básicamente, a partir de lazos gentilicios, - que observaba como fundamentos políticos originarios, la religión y la tradición.

Del otro lado se argumenta la permeabilidad de la economía feudal, fuertemente arraigada en el territorio y reticente aún - para aceptar las modificaciones que arribaban con el capitalismo. Dicha situación obligaba a la burguesía a refugiarse en el Estado, estableciendo allí su fortaleza, intentando minar, poco a poco, las bases de esa sociedad con medidas políticas tendientes a suavizar esas reticencias feudales.

Pero la anterior disyuntiva no existe, es decir, no hay un modelo único de desarrollo político-económico aplicable a toda sociedad, sino que cada una ha evolucionado de distintas maneras. La razón para observar dos modelos distintos de relación Estado sociedad, se debe a que los estudios que se han realizado de los casos de Francia e Inglaterra se han convertido en generalizaciones, sin reparar en que ambos países ejemplifican un modelo específico en el desplazamiento del feudalismo, modelos que, ciertamente, pueden utilizarse en el análisis de otros casos, pero sin pretender que uno de ellos sea, ni el más correcto ni, mucho menos, el más lógico.

Dicho lo anterior, queda aclarado que durante el período-

del Estado absolutista, tanto la sociedad como el Estado fueron campos de batalla donde el predominio de la burguesía se afirmaba cada vez más, desplazando lentamente el régimen feudal.

Lo cierto es que los tres ingredientes básicos para la existencia de un Estado: el territorio, el pueblo y el gobierno, experimentaron profundas transformaciones dentro del Estado absolutista, avizorando lo que se constituiría como el Estado nacional.

Si en el feudalismo el territorio de un reino estaba separado en unidades feudales con cierta autonomía, en el Estado nacional el territorio quedaría completamente unificado, - sus fronteras internas fueron abolidas y sólo persistieron -- las externas, imponiéndose mucho más fuertes que en el pasado.

Con el advenimiento de los Estados nacionales, el pueblo dejó de ser esa entidad servil repartida entre tantos señores feudales como existiesen en el territorio, pueblo, o porciones de él, cuya vida, en el más literal de los sentidos, estaba al arbitrio de su señor, sin mantener o tener establecidas relaciones de igualdad con los demás siervos y, menos aún, reconocer autoridades políticas fuera del feudo. Con el Estado moderno, ese pueblo cambia radicalmente, incluso puede decirse - que es en este Estado donde el concepto de pueblo adquiere su verdadera y única acepción; como comunidad humana que participa en las decisiones políticas que guían su destino. Efectivamente, con el Estado moderno el pueblo pasó a ser una masa ---

formalmente homogénea que, en su sentido retórico, tiene en sus manos la conducción del Estado.

El gobierno del Estado absolutista es, sin duda, uno - - - de los elementos más dignos de consideración, pues en él la sucesión de estructuras y prácticas políticas se muestran con una claridad y deferenciación límpida.

La corte noble que rodeaba a todas estas monarquías europeas tenía cánones muy propios, por medio de los cuales aseguraba su permanencia en esa estructura política. La unidad, en la mayor parte de los casos, de los medios para la administración y el personal administrativo, así como el carácter vitalicio -- de los cargos, constituían bastiones donde se fortificaba la nobleza, haciendo a esa estructura política terriblemente cerrada, tanto en el aspecto formal como en el real, casi inexpugnable.

El desplazamiento de todos estos privilegios es lo que da sentido real a un gobierno que responda, verdaderamente, a los fundamentos de un Estado capitalista. Así, lo propio del gobierno burgués instalado en el Estado absolutista, lo constituye la separación entre los medios de administración y el personal administrativo, es decir, que los funcionarios públicos no tengan en propiedad los medios de administración. Del mismo modo, la profesionalización de este servicio y su no correspondencia con los lazos gentilicios, remataba los supuestos básicos de todo gobierno que se inscriba en un Estado capitalista.

Considerando todas estas transformaciones observadas en --

la sociedad y en el Estado, se puede iniciar una descripción -- del nacimiento del Estado nacional, descripción que puede ser - enriquecida por el panorama global de la acumulación de capi--- tal en los países más desarrollados, con sus respectivas reper- cusiones en el resto del mundo.

Primeramente, después de haber descrito someramente la úl-- tima parte de la historia medieval, debemos definir lo que de-- be entenderse por nación, señalándole como uno de los resulta-- dos más importantes de ese proceso. La nación se define como-- una comunidad humana asentada en un territorio determinado, con comunidad de lengua, tradición, religión, costumbres y, sobre-- todo, obediente a una misma organización política.

Por lo tanto, la nación no se constituye solamente por la existencia de un mercado interno unificado, ni por la sumisión de la totalidad social a un mismo gobierno.

Ahora bien, si la nación es aquello sobre lo que se funda el Estado, los Estados multinacionales no han arribado todavía a un estadio de perfección política,¹ en tanto que la unidad - nacional sobre la que actúa el Estado no es tal, y éste tiene- que identificarse con unidades diversas que pueden reclamar pa- ra sí un Estado propio, o que están en vías de integración a - la nación más poderosa.

1.- Sobre esto Lenin afirmaba que "los Estados de composición nacional heterogénea (los llamados Estados multinacionales a diferencia de los Estados nacionales) son siempre Estados cuya estructura interna es por tales o cuales razones, anormal o subdesarrollada (atrasada)." Lenin, V.I. El derecho de las naciones a la autodeterminación, en Obras Escogidas T.I. Ed. Progreso, Moscú 1978 pág. 607'

El Estado capitalista necesita tener como fundamento básico y condicional a lo político, y justificar su dominación por medio de este elemento. De tal suerte que aquellos Estados que se justifican en base a la religión, la tradición o los lazos gentilicios, lejos están de arribar a una dominación política plena, situándose apenas en una dominación religiosa o tradicional, que impide hablar de un auténtico Estado burgués. Del mismo modo, el Estado que no se proclame como nacional y utilice como fundamento de legitimidad a una nacionalidad frente a las otras, no ha llegado a convertirse en un verdadero Estado, y las luchas que se den dentro de él no serán luchas políticas al interior del Estado, sino luchas tendientes a construir otro Estado, pero no de distinto carácter político, sino de distinto carácter nacional.

El concepto de nación involucra un sentido de pertenencia a una comunidad humana específica, lo que permite hablar de una herencia social unitaria y una comunidad de destino.² Pero ese sentido de pertenencia no es privativo de unos cuantos sectores sociales, sino una herencia que se refiere a un todo social complejo, acompañado de una serie de relaciones políticas y socia-

2.- Sin duda, una de las primeras obras importantes en el estudio de las nacionalidades es la de Otto Bauer, La cuestión de las nacionalidades y la social democracia, donde conceptúa a la nación de la siguiente manera "La nación jamás es otra cosa que comunidad de destino. Pero la comunidad de destino tiene efecto, por un lado a través de la transmisión hereditaria natural de las cualidades cultivadas por el destino común de la nación." Ed. siglo XXI, México, 1979 pág. 43.

les en las que toda la comunidad participa, y donde, obviamente, cada uno ocupa un lugar diferenciado, lo que hace compartir la herencia social de distintas maneras, y concebir la comunidad de destino de un modo distinto, Por ello es que la nación, como fenómeno histórico y como categoría política,--- cuando pretende incluir una totalidad indiferenciada, es un concepto ideológico típicamente burgués, resultado y factor de la producción del mundo capitalista.

b) La etnia.

En la actualidad, los problemas nacionales de la mayoría de los Estados han sido resueltos, o por lo menos ya no ocupan un lugar destacado en las luchas sociales al interior de esos Estados. Es cierto que aún existen países que se enfrentan a dos o más nacionalidades al interior de su territorio, pero las posibilidades de separación para constituir un nuevo Estado son muy pocas, y por los escasos países donde se presenta tal situación, este problema no redundará en conflictos sociales de gran alcance.

En los tiempos modernos, el problema nacional se traslada a las etnias que perviven en los países subdesarrollados que fueron dominados y colonizados por potencias imperialistas; por los países con mayor poderío bélico y comercial.

Por este hecho, el problema étnico ha sido identificado directamente con el problema indígena, sin reparar en el conjunto de la sociedad y en la significación de lo étnico y la etnicidad, tal como lo dice José Joaquín Blanco en relación al caso mexicano "En realidad, la mayoría indígena de México estaba herida políticamente de raíz: no era ni mayoría ni indígena: esto es, lo 'indio' es una abstracción blanca de multitud de nacionalidades diferentes, desunidas entre sí, que actuaron como múltiples minorías dispersas y aisladas"³

Siempre que se habla de un grupo étnico inmediatamente se le identifica con un grupo indígena, que no participa o no está integrado directamente al sistema productivo de un país; que tiene aún representaciones simbólicas religiosas distintas del grueso de la sociedad, de la religión dominante; que además -- tiene costumbres, tradiciones y prácticas políticas propias, a las que se sobreponen las implantadas en el resto de la sociedad, pero sin que este grupo las sienta como suyas, como pertenecientes a su identidad cultural. En fin, siempre que se habla de lo étnico, parece mecánica la necesidad de aculturación, de integración total al conjunto de la sociedad.

Bajo estos supuestos se pretende que lo étnico sea sola ---

3.- Blanco, José Joaquín "Cultura nacional o cultura de Estado" en Cuadernos Políticos No. 34, oct,-dic. 1982, pág. 82.

mente un problema de la nacionalidad, una falta de integración, pero jamás se presenta como un problema político dentro del Estado, trasfondo que pasaremos a examinar con mayor detalle.

Lo primero por aclarar es que lo étnico no pertenece solamente a los grupos indígenas internos en las sierras o los desiertos. Si lo étnico es la característica de un grupo humano con similitudes en el uso de idioma, las prácticas religiosas, los comportamientos morales o las prácticas productivas, podemos distinguir etnicidades en otros grupos humanos de la sociedad que tienen estas características en común.

Aunque si bien es cierto que la etnicidad de la mayoría de los grupos humanos de una sociedad se borra cada vez más, debido a la masificación de la sociedad y a los procesos de disciplina-normalización impuestos por el Estado, también lo es que no hemos llegado a un grado tal como el ejemplificado en "Un mundo feliz".

Héctor Díaz-Polanco, quien ha estudiado a fondo el problema de la etnicidad, plantea este problema en los siguientes términos:

"En efecto, es probable que la mayoría de los autores estén de acuerdo en definir lo 'étnico' (o la etnicidad) como un complejo particular que involucra, siguiendo formas específicas de interrelación, ciertas características culturales, sistemas de organización social, costumbres y normas comunes, pautas de conducta, lengua, tradición histórica, etcétera.

"Así las cosas, no es congruente atribuir la cualidad étnica exclusivamente a ciertos grupos o conjuntos sociales. En el fondo ello equivale a reducir la etnicidad a ciertas formas específicas de la misma; y a sostener que existen grupos socioeconómicos que no poseen tradición, sistemas culturales y normativos, formas de organización, etc., comunes. Lo adecuado sería admitir, en nuestra opinión, que todo grupo social constituido posee su etnicidad propia." ⁴

Como se desprende de lo anterior, en el discurso político del Estado lo étnico se utiliza para designar no las características particulares de los grupos humanos que se distinguen en la sociedad, sino las características de ciertos grupos humanos marginados tanto del sistema político como del sistema productivo, a los que se les quiere integrar a estos sistemas y a otros más de la sociedad, con el fin no de fortalecer la nacionalidad, sino de fortalecer la dominación política.

Con lo anterior se aclara el carácter de las luchas que presentan innumerables grupos étnicos, es decir, queda descubierto su eminente carácter político, que no es enfrentado así por parte del Estado, quien realiza una "interpretación"; un replanteamiento que las ubica en una perspectiva nacional, religiosa o educativa. Esta es una de las maneras más sutiles, -

4.- Díaz-Polanco, Héctor "Etnia, clase y cuestión nacional" en Cuadernos Políticos No. 30, oct-dic. 1981. pág. 57.

más veladas, de neutralización política del Estado moderno.⁵

Cuando una comunidad indígena reclama para sí la explotación de un bosque, exige no solamente el título de propiedad y usufructo de esa zona, sino el control de la producción, la participación en la comercialización, el respeto de su organización social, etc., o sea, el estricto respeto de estructuras económicas y políticas plenamente arraigadas en la comunidad. Ante ello, el Estado aduce problemas de modernización, de técnica y tecnología, pero nunca acepta la esencia del problema, jamás reconoce la existencia de una disputa política.

En una perspectiva política, aunque también nacional, -- las etnias tienen como contrincantes directos a los grupos de origen nacional,⁶ quienes ostentan en un Estado la nacionalidad hegemónica. Sin embargo, esos grupos de origen nacional guardan al interior contradicciones de clase a niveles antagónicos, sin que ello impida que una determinada clase se postu

-
- 5.- Sobre este tema puede consultarse el trabajo de Stefano Varese "Una dialéctica negada" en En torno a la cultura nacional. Ed. INI, México, 1976.
 - 6.- "... consideramos como grupos de origen nacional a aquellos cuyo sistema socioeconómico originario común se genera con el desarrollo del sistema de producción capitalista" pág.- 94 "Por lo tanto, diremos que los grupos de origen nacional están integrados por grupos o sectores que, en el desarrollo de la lucha de clases que lleva a la implantación y expansión del sistema capitalista, han luchado en contra y han roto con el sistema de reproducción que permitían mantener culturas 'tradicionales'" pág. 95, Bate, Luis. F. Cultura, clase y cuestión étnico-nacional Ed. Juan Pablos Editor, México, 1984.

le como principal defensora de la nación, por ser ésta la que en realidad materializa su proyecto político en esa sociedad.- Así, aparentemente, las etnias se ven enfrentadas a una nacionalidad a la que deben integrarse, pero en condiciones que no sólo afectan la tradición de su comunidad, sino la posición social que adquieren en el todo, es decir, en el conjunto nacional.

La nación es la materialización del proyecto de una clase, cuya etnicidad ha sido plasmada en una nacionalidad que ha subsumido, precisamente, a las demás etnicidades, o sea, dicho de otra manera, que cada clase social tiene su propia etnicidad, por lo que sus luchas políticas tienden a conformar a la nación entera bajo su predominio.

En relación a esto todavía existen múltiples objeciones, reticencias para aceptar que a cada clase social corresponde una etnicidad propia, sin que existan aún los criterios precisos y definitivos para establecer la ligazón y complementación de ambos fenómenos; la etnia y la clase. El principal problema radica en que la etnicidad, como característica de un grupo social específico, puede cobijar, en apariencia, a un bloque de clases que se inscriben en la nacionalidad, siendo muy difícil distinguir las diferencias particulares de cada clase en cuanto a su conducta cotidiana; en lo que tienen la etnicidad propia. Sin embargo, es posible sostener que cada clase es poseedora de una etnicidad que quiere convertirse en nacionalidad, sin que estas dos entidades se vean como algo separado y excluyente, sino como una parte, quizá la mayor parte, que ---

quiere convertirse en el todo.⁷

c) El Estado y la cultura

Es un hecho que el período histórico del Estado liberal ya ha concluido, es decir, el tiempo en que el Estado se instaura - ba como un árbitro de las relaciones sociales ya ha sido re- basado y, desde hace mucho tiempo, el Estado participa decidi- damente en una gran parte de las actividades sociales. Así, - la intervención del Estado en la economía, la salud, la infra- estructura, la habitación, los energéticos, etc., es una rea- lidad a todas luces vista.

La intervención del Estado en todas estas actividades -- acarrea un sinnúmero de problemas sociales, que han redundado en complejos problemas teóricos para la mayor parte de las -- ciencias sociales. Este proceso ha sido estudiado, básicamen- te, a través de la dicotomía Estado-sociedad civil tomando co- mo punto de partida el hecho de que la sociedad civil se ve - cada vez más debilitada frente a un Estado en creciente afir-

7.- Díaz-Polanco, en su trabajo anteriormente citado, reafir- ma y amplía esta idea de la siguiente manera: "En efecto, en función de componentes étnicos en algún grado comunes- (tradición histórica, lengua, etcétera), la constelación- clasista de que se trata desarrolla una forma de identi- dad cuyo rasgo sobresaliente es ser de naturaleza política. Esta identidad nacional, pues, en alguna medida está íntimamente vinculada al proyecto político de constituir- un Estado nacional propio. No se concibe, por consiguien- te, a la nacionalidad sin que opere con mayor o menor in- tensidad este proyecto nacional (creación de un Estado -- propio), o sea, la tendencia a lograr la autodetermina -- ción." pág. 60

mación. Pero a esto se tienen que anteponer muchas objeciones, siendo una de ellas la diversidad de esta relación en las distintas formaciones sociales del mundo. Uno de esos peros radica en la diferenciación de dos modelos básicos de poder estatal: el de Occidente y el de Oriente. El primero observando una sociedad civil muy desarrollada frente a un Estado bastante limitado en sus espacios de actividad social, y el segundo que observa una sociedad civil apenas reconocible, muy débil, frente a un Estado omnipresente, omnisapiente y omnipotente.

El reconocimiento de estos dos modelos sigue siendo válido en el examen de las formaciones sociales contemporáneas, aunque la diferenciación de Oriente y Occidente valga más por su significación teórica que por su referencia geográfica e histórica. No obstante ello, la línea del desarrollo del Estado capitalista apunta hacia el fortalecimiento del Estado frente a la sociedad, proceso que tiene sus matices, dependiendo del modelo de Estado que prive en las distintas formaciones sociales.

Sin embargo, la diferenciación de los modelos estatales antedichos y la implementación del proceso de fortalecimiento estatal no deben ser entendidas mecánicamente, estableciendo modelos de evolución social preestablecidos y regulares, pues si atendieramos a una interpretación así de instantánea, podría pensarse que si existe un modelo donde la sociedad civil es fuerte y el Estado débil, y otro donde los factores se dan

a la inversa, entoces, considerando el fortalecimiento progresivo del Estado, el primer modelo tendría democracias y el segundo dictaduras.

No, la interpretación de este proceso no es tan sencilla, pues si bien la aplicación de un modelo u otro nos reporta avances teóricos que permitan la comprensión y proyección de dichos Estados, también existe el peligro de desviarnos de las realidades sociales, no apegadas estrictamente a los modelos teóricos.

A pesar de ello, ya sea en Oriente o en Occidente, el avance del Estado es innegable, la estatización de muchas de las actividades que antes desarrollaba independientemente la sociedad civil ahora son concebidas, instrumentadas y evaluadas desde ámbitos estatales. Y, ciertamente, ahí donde la sociedad civil poseía una mayor cohesión, tradición e infraestructura, el avance de este proceso ha sido más lento, aunque, no por ello, menos consistente, ni tan inobjetable como "La irresistible ascensión de Arturo Ui".

La intervención del Estado en la economía fué uno de los primeros hechos aceptados y reconocidos por la sociedad. Este fenómeno comenzó a acentuarse, en el plano mundial, a partir -- de la crisis del sistema capitalista en 1929. Desde esa fecha, en unos lugares más y en otros menos, el Estado comenzó a hacerse cargo de diversas actividades económicas, con la finalidad básica de nivelar las altibajas en el sistema productivo y fi-

nanciero de cada país. Desde entonces no es raro que el Estado se encargue de las industrias de punta, de las industrias energéticas, de las obras de infraestructura, del sistema financiero y monetario, etc., no es raro, pues, que el Estado haya tomado bajo su férula el impulso a la acumulación de capital.

Efectivamente, la intervención creciente del Estado en la economía se debe primordialmente a las necesidades de la acumulación de capital, una acumulación que cada vez más exige seguridad en las tasas de ganancia y en las garantías generales para la inversión. Por ello, el Estado, vía empresas públicas, -- subsidios fiscales, endeudamiento externo e interno, producción de energéticos, etc., brinda a esa acumulación un margen mayor de seguridad y estabilidad social que permita la continuación ininterrumpida y sostenida de tal proceso.

Si, la intervención del Estado en la economía no es nada nuevo, pero ¿sólo se limita a ello? Puede pensarse que en la actualidad lo fundamental en la actividad estatal lo constituye su participación en la economía, pero esto solamente puede afirmarse en tanto se considere únicamente el aspecto inmediato, el más visible en la existencia social. Pero si consideramos el resto de las actividades sociales, y analizamos la intervención del Estado en ellas, estaremos en posibilidad de comprender lo que políticamente representan esas otras intervenciones, y de comprender que el sustento del Estado es, más que económico, político.

La vida social está compuesta por un sinnúmero de actividades e instituciones complejas y entrelazadas, actividades e instituciones que en un principio se identificaban directamente con grupos sociales o con estructuras de organización de ciertos sectores de la sociedad en general. Pero si se consideran actividades como la educación, la habitación, la salud, el trabajo, etc., se observa como la forma en que se realizan depende más de la iniciativa estatal que de la iniciativa de particulares o de sectores sociales específicos. Así, la sociedad demanda del Estado no sólo el cumplimiento y respeto de las regulaciones sociales y políticas, sino también la satisfacción de estas necesidades. En lo que se refiere a la exigencia de satisfactores para el mantenimiento de un determinado nivel de vida, las demandas provienen de las clases sociales subalternas, las que no ven en la burguesía al ente encargado de brindar estos satisfactores, sino que se enfrentan al Estado como primer responsable de tales servicios.

Esta es una de las mayores contradicciones del Estado moderno: en tanto que el capital exige recursos para el proceso de acumulación creciente, las clases dominadas demandan los satisfactores necesarios para su sobrevivencia. El Estado, como organización política de la sociedad, debe atender a todos estos reclamos, sin que nunca su supuesta autonomía le permita satisfacer ambos bandos. Así, siendo que su fundamento político presupone la acumulación de capital, ese mismo fundamento -

lo lleva a considerar la totalidad social y, ante todo, mantener la estabilidad política. Es decir, en términos coloquiales, que dar bien con Dios y con el Diablo -aunque, en realidad, siempre favorezca a uno sobre el otro. Esta imposibilidad de satisfacer al mismo tiempo los dos tipos de demandas coloca al Estado en una situación de crisis, muchas veces de crisis financieras, conduciéndolo a la ahora tan difundida "crisis fiscal del Estado"

Pero, para nosotros, lo importante a examinar es, más que el resultado, el proceso y los presupuestos mediante los cuales el Estado se ha hecho cargo de estas actividades, considerando todo lo que ello implica.

Cuando el Estado se hace cargo de la creación de empleos, arrebatada a la sociedad la posibilidad de que la exigencia de empleos se dé entre una clase y otra; cuando el Estado se hace cargo de la educación rompe todo un tejido social que posibilitaba a la familia, a la comunidad o a cualquier otra institución social el control educativo de las nuevas generaciones, para conducirlos por la senda que más conviniera a dicha entidad; cuando el Estado interviene en la salud de la comunidad, compone todo un aparato para el control social, y los mecanismos de la sociedad creados para tal efecto se ven reducidos sensiblemente y rebasados por este intrincado aparato estatal. En fin, en todas las actividades en que interviene el Estado rompe las formas de organización social, comunitaria, regional, clasista; rompe los hilos -- por medio de los cuales la sociedad interactúa internamente. Ahó

ra, el Estado se instaura como una esfera situada fuera de la sociedad, donde tiene por clientela a los diferentes sectores, grupos, clases o comunidades sociales, pero, sobre todo, al individuo aislado y atomizado dentro de su sociedad.

Al reperse el tejido social de muchas instituciones que servían de punto de reunión, de organización de la sociedad, - el individuo queda aislado, y las relaciones que podría entablar con otras entidades sociales ahora se desplazan, y sólo puede relacionarse con una entidad superior, se relaciona con un poder estatal al que debe subsumirse.

No es casual que los niños ya no reciban sus primeras lecciones por parte de los padres, del párroco del lugar o de algún maestro de la comunidad, sino que la reciban de maestros -- contratados por el Estado, en escuelas construidas por el Estado y con planes de estudio formulados por el propio Estado. O, también, que ahora los niños ya no jueguen a la "Matatena" o a la "Doña Blanca" en las calles del barrio, si no que pasen horas sentados frente al televisor o junto a la radio, y sean el objeto de medios de comunicación sometidos a presiones políticas intensas, donde el Estado como regulador, controlador y --- también productor, tiene una gran participación. Y esto no --- ejemplifica más que una de las formas de romper estos tejidos y tradiciones sociales. En nuestros días, acusar al Estado del delito de "disolución social" no tendría nada de descabellado.

Todo esto implica que sea ahora el Estado quien proclame el proyecto de país por el cual, supuestamente, se dirige la --

sociedad. Pero el Estado no sólo se ha apropiado de la situación actual, sino que también se ha apropiado de la historia, ha creado una historia oficial que justifica su existencia, y crea símbolos y mitos que dan sustento a toda una interpretación del devenir social.

De este modo, el pasado y el presente se encuentran en -- las manos del Estado, el pasado, como se dijo, debido a que -- los impresionantes medios de comunicación y toda una institucionalidad educativa, hacen posible la divulgación de la historia, sí, pero de la historia de los vencedores. Por otro lado, el presente es moldeado por el Estado, con todos aquellos implementos de los que echa mano conforma una realidad económica y política; religiosa y educativa; cotidiana y trascendental, moldea la actividad rutinaria del individuo y forja todo un estado psíquico por medio del cual el hombre está predispuesto a recibir y aceptar determinada realidad, a interpretarla y recrearla. Así, el Estado produce la cultura, una cultura específica, su cultura, la cultura de Estado.

Ciertamente, los grandes proyectos económicos, políticos o sociales que actualmente se plantea toda sociedad, no se realizan sin que se distinga por ahí la presencia abrumadora del Estado, manifestando en ella su concepción política, imponiendo su proyecto cultural. Por esto es que la cultura de Estado no es tan sólo lo que él declara como su "política cultural", pues ésta es una de las muestras más claras para desenmascarar al --

Estado sofista, esto es: un Estado que niega aceptando y acepta negando. Y esto es así porque el Estado tiene una política cultural, efectivamente, que incluye aspectos económicos, políticos y sociales, pero esta política la realiza mediante un sinnúmero de conductos, penetrando en la sociedad de disímulas maneras, y lo que manifiesta como política cultural no es más que una pequeña parte del todo, Pero este asunto, el de la política cultural, lo trataremos más adelante, con mayor de talle.

Ante esta preeminencia del Estado para concebir, impulsar y materializar grandes proyectos culturales, la sociedad no tiene nada que anteponer, pues los procesos de normalización-- identificación y atomización--disyunción han acabado con gran parte de sus reservas organizativas. La sociedad no tiene nada con que responder, ni siquiera con la cultura nacional, puesto que ésta es otra de las ilusiones creadas por el Estado con temporáneo.

Existe la idea, tal como lo manifiesta José Joaquín Blanco, de que ante la cultura de Estado, la sociedad antepone una cultura nacional, una cultura creada por la sociedad, que ella misma alimenta y reproduce:

"La cultura de Estado fácilmente ha transitado de contenidos obviamente populares y nacionales a otros de corporaciones privilegiadas de la burocracia y del capital. Entoces, la cultura nacional llega a ser incluso polarizada enemiga de la

cultura de Estado: la memoria histórica, la identidad social, la experiencia cotidiana y laboral -la cultura viva del país: su gente- se asumen como críticos de la cultura del poder, y luchan contra ella"⁷

Pero esos dos términos, la cultura nacional y la cultura de Estado, no son más que dos partes de un proceso, no son cosas distintas, que se contrapongan una a la otra tal como lo plantea Blanco, sino dos niveles de la producción e implantación de la cultura.

Una gran parte de los autores arguye que la cultura nacional es patrimonio de la sociedad y, más que de la sociedad en general, de las clases que en ella se ven agredidas por la cultura de Estado. Pero ¿qué es la nación? Ya anteriormente se esbozó lo que históricamente constituyó a la nación, y lo que actualmente la nación representa en el discurso político. Siendo la nación una entidad encubridora de las profundas diferencias que permean en lo interno a la sociedad, la cultura nacional no es más que la cultura que domina en la conformación de la nacionalidad, esto es, la cultura de la clase dominante, la clase que se erige como el sujeto de la nación, - la cual difunde a lo largo y ancho de la sociedad lo que se conoce como nacionalidad.

7.- Blanco, José Joaquín "Cultura nacional y cultura de Estado" en Cuadernos Políticos No. 34 oct.-dic. 1982, México, pág. 76

De este modo, la cultura nacional es la cultura de Estado que ya no está en proceso de gestación, de crecimiento o difusión, la cultura de Estado es aquello que el Estado ya ha logrado implantar en la sociedad, haciéndola creer que es un producto de ella misma (cosa que el Estado, junto con la clase dominante, promueve y vitaliza en los centros más profundos de la sociedad)⁸. Así, mientras que la cultura de Estado parece ser algo perteneciente sólo a él, la cultura nacional aparece como algo ya arraigado a la sociedad, a la mayor parte de los sectores de ella.

Desmitificar a la cultura nacional es algo sumamente difícil, pues si contra la cultura de Estado se puede arguir su -- procedencia misma, la cultura nacional antepone supuestas credenciales de legitimidad, de pertenencia a una nacionalidad -- que no puede verse separada de ella.

8.- Carlos Monsiváis brinda un elemento más para la distinción de estos dos fenómenos: "La vida pública es cosa del Estado: de las emociones privadas se responsabilizan los estudios de cine, las cabinas de grabación, los estadios deportivos. Para el Estado, lo nacional es sucesión de obligaciones (respeto a la autoridad, pago de impuestos, apoyo tácito a las decisiones gubernamentales) más la entrada libre a algunos festejos. Por eso, lo nacional se traslada, en gran medida de la política a la industria cultural y -- ahí se mantiene gosificado, deformado." Monsiváis, Carlos "Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México" en Cuadrenos Políticos No. 30 oct.--- d.c. 1981, pág. 42. Sin embargo, la diferencia nodal entre la cultura de Estado y la cultura nacional no radica en el mero hecho de que la primera sea atendida por ámbitos públicos y la segunda por ámbitos privados, puesto que tanto la segunda como la primera tienen fuertes dosis de control político estatal, solamente que la segunda se pone máscara y la primera no.

Ahora bien, ciertamente, en toda cultura nacional, como ya lo afirmó un famoso teórico político⁹, existen dos partes: una democrática y otra burguesa, aunque la que domine e identifique sea esta última. Es la clase dominante la más interesada en mantener unida y cohesionada a la sociedad, y lo hace mediante el argumento de la nacionalidad.

Por otro lado, es verdad que existe algo a lo que se llama "lo mexicano", "lo francés" o "lo inglés", que existe un complejo de características que distingue a estos pueblos, a estas naciones, más al reconocer la diferencia de idiomas o de costumbres, no nos encontramos más que frente al producto final de esa nacionalidad, es decir, soslayamos los procesos internos de esa formación social que originan tal complejo de características, y con ello pasamos por alto la lucha de clases interna, que se dirige para establecer cual de ellas es capaz de proclamar la nacionalidad, de definir porque un pueblo es así y no de otra manera.

-
- 9.- En los años críticos de la Revolución Rusa, Lenin postulaba esta tesis de la siguiente manera: "En cada cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, elementos de cultura democrática y socialista, pues en cada nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en cada nación existe asimismo una cultura burguesa (y, además, en la mayoría de los casos, ultrareaccionaria y clerical), y no simplemente en forma de "elementos", sino como cultura dominante. Por eso, en general, la cultura nacional en general es la cultura de los terratenientes, de los curas y de la burguesía" Lenin, V.I. La cultura y la revolución cultural. Ed. Progreso, Moscú, 1966, pág. 39

d) La política cultural

En la mayor parte de los Estados contemporáneos existen lineamientos de política cultural, muchas veces existen incluso programas, planes o estrategias de desarrollo cultural. Pero --- ¿qué es lo que se entiende por política cultural? La gran mayoría de estos programas incluyen aspectos relativos a la educación, las bellas artes, el idioma, el tiempo libre, etc., empero, siendo coherente con la definición de cultura que se dió al principio, esto no sería lo fundamental de ella, no sería más que una fase terminal, es decir, los resultados del proceso cultural que son observables en toda sociedad pero que no agotan todas la implicaciones del proceso mismo. Así, lo que el Estado manifiesta como su política cultural es tan sólo una pequeña parte de ella, lo que sólo puede transformarse a partir de las instituciones gubernamentales.

Es cierto que en la política cultural de un Estado pueden plantearse grandes proyectos; como la educación socialista dentro de un Estado capitalista; alternativas de recreación frente a emporios televisivos y radiofónicos; la diversificación del panorama cultural ante el monopolio de las llamadas "industrias culturales"; el impulso al deporte ante empleos embrutecedores y agotadores, y ante ciudades con el mínimo de posibilidades para realizarlo, etc., todos estos proyectos se pueden plantear, y de hecho se plantean, pero los resultados que se -

obtienen son ínfimos, insignificantes. Ahora bien, tampoco hay que esperar que se cumplan tales tentativas, pues la política -- cultural es lo que el Estado dice de sí, jamás lo que es en realidad.

A pesar de que pudiéramos considerar a la política cultural como la sola formulación de buenos deseos, siempre que ésta se plantea existen grandes objeciones, pues actualmente nos encontramos en sociedades que han perdido de vista la integridad del ser humano, donde se considera a la riqueza cultural como un fin y no un medio, es decir, donde se le considera como máxima moral para todo proyecto social y no como un medio para posibilitar la realización plena de las facultades, a pesar de su superficialidad, siempre se les regatean recursos, postergando su cumplimiento para una futura situación económica permisible de atender sus exigencias.

Una política cultural con verdaderos objetivos de transformación debe considerar el todo social y no limitarse a programas de las instituciones gubernamentales; debe ser un proyecto social que arranque de las bases mismas de la comunidad, incluyendo la producción de la vida misma: la biológica y la espiritual; debe ser un proyecto de alta participación social, y sólo así, podrá erigirse como verdadera política cultural.

Más ahora nos asalta un gran problema que, intencionalmente, no habíamos incluido. Ya hemos dicho que existe una cultura de Estado difundida por múltiples conductos encargados de

expandirla en la sociedad y, dijimos también, que existe una política cultural del Estado, pero lo que no hemos dicho es que esta política cultural es formulada por alguien o por algo, y que la cultura de Estado, a pesar de concebirse y realizarse en múltiples instancias tiene un centro rector, tiene un órgano nervioso que coordina y adopta como supuestos a muchas de esas otras instancias. Ese alguien, o ese centro rector, lo constituye la administración pública, lo más visible de todo Estado contemporáneo, una administración pública que a la luz de lo expuesto se postula como una administración de la cultura, y ahora veremos porqué.

e) La administración de la cultura

La administración pública es uno de los centros más destacados del Estado contemporáneo, no es el único y, en algunos casos, deja de ser el fundamental, pero lo que sí encontramos en ella es una amplitud y continuidad que dan equilibrio y coherencia a la dominación política. La administración del Estado capitalista responde a los mismos fundamentos de esa unidad estatal: la distinción entre lo público y lo privado, entre la sociedad civil y la sociedad política, que constituyen los ejes sobre los cuales la actividad administrativa encuentra sentido para la totalidad social.

Al mismo ritmo y en la misma dirección que el Estado mo--

derno, la administración pública ha evolucionado para pasar a actuar de un ámbito propio de la sociedad liberal al escenario moderno, el de la sociedad disciplinaria, es decir, para plantearlo en los términos de la cultura:

" En la concepción autoritaria del Estado y la sociedad, en cambio, la cultura juega un roll diferente: debe hacerse -- cargo, proyectándolo como positividad, el sacrificio exigido - a los individuos para la mantención de un orden que, a través de un conjunto de procedimientos y modalidades, trabaja en los cuerpos el sentido de unas disciplinas que son otras tantas -- formas de expresión del poder como desempeño de la fuerza " 10. En efecto, si en el Estado liberal encontráramos una administración limitada al arbitraje de los conflictos sociales, a la reglamentación del interactuar entre los diversos intereses -- privados, en la administración del Estado contemporáneo encontramos una entidad participante del desarrollo integral de un país.

En la actualidad, la administración pública formula la - política cultural del Estado, al menos la que éste plantea - - como tal, y es ella, también, el centro motriz de la cultura de Estado. De ahí que las problematizaciones en torno a la ad - ministración pública dejen de limitarse al resguardo de la es -

10.- Brunner, José Joaquín De la cultura liberal a la sociedad disciplinaria. Ed. FLACSO, Santiago de Chile, 1977, pág.1

tabilidad social, para pasar de lleno a la producción y fomento de esta misma. ¹¹

Cuando al interior de la sociedad se plantea algún problema de empleo, existe una institución administrativa que se encarga de solucionarlo; si se plantea un problema de salud, habitación, comunicaciones, infraestructura, etc., existen instituciones administrativas encargadas de resolverlos. Aunque es cierto que pocos de estos problemas los resuelve real y oportunamente la administración pública, debido a la imposibilidad para atender todas las demandas que a ella llegan, como ya lo expusimos antes, y fundamentalmente, debido a que en su accionar el criterio de la eficiencia costo-beneficio no es el preferente sino, más bien, el de la eficiencia política.

Los primeros teóricos que se dedicaron al estudio de la administración pública quedaron maravillados ante la omnipre-

- 11.- De la capacidad creciente de la administración pública y del poderío que dentro de ella posee la burocracia, Rocker se expresa de esta manera: " Ninguna tiranía es más insostenible que la de una burocracia omnipresente que interviene en todas las acciones de los hombres e imprime a éstos su sello. Cuanto más ilimitado se extiende el poder del Estado en la vida del individuo, tanto más paraliza sus actividades creadoras y debilita la energía de su voluntad personal. Pero el capitalismo de Estado, el más peligroso polo apuesto del socialismo, condiciona la entrega de todas las actividades sociales de la vida al Estado; es el triunfo de la máquina sobre el espíritu, la racionalización del pensamiento, de la acción, del sentimiento y, en consecuencia, el fin de toda verdadera cultura espiritual. " Rocker, Rudolf Nacionalismo y Cultura. Ed. - IMAN, Buenos Aires, 1942 pág. 33

sencia de esta institución, y no exageraban al afirmar que la administración pública acompaña al hombre desde su nacimiento hasta su muerte. Pero no sólo no exageraban, sino que se quedaron cortos, pues la administración no sólo acompaña al hombre, sino que sólo por medio de ella el individuo puede existir o dejar de existir para la sociedad. Cuando nacemos, la administración expide un certificado de nacimiento que, ¡oh sorpresa, certifica que somos quienes pretendemos ser!. Únicamente contando con uno de estos certificados la sociedad tiene la seguridad, la prueba de que existimos, porque sin él, nuestra individualidad, nuestra ciudadanía, queda anulada, -- Lo mismo sucede al abandonar la existencia, pues para que un hombre pueda estar muerto debe contar con un certificado de defunción, de lo contrario ¡no puede estar muerto!.

Estos ejemplos pueden tomarse a la ligera, o parecer infinitamente nimios, pero los hemos utilizado sólo para ejemplificar el modo por el cual la administración cubre cotidiana y -- continuamente nuestros actos más vitales, sin que, generalmente, nos percatemos de ello.

Otro ejemplo de lo anterior puede ser el de la ciudad, -- ese espacio vital de toda civilización existente que no podría comprenderse sin la normatividad impuesta por la administración, pues ella determina el sentido del desarrollo urbano de toda metrópoli. Los parques industriales, las grandes avenidas, los -

monumentos a los héroes nacionales, los complejos comerciales, las ciudades universitarias, etc., son lugares que crea y organiza la administración, normando su funcionamiento y otorgando un sentido social a cada zona. La administración de las ciudades es una de las muestras más palmarias del poderío de la administración pública, digna de considerarse en todo juicio relativo a la civilización contemporánea.

La administración pública es, sin duda, uno de los fenómenos políticos más actuales. Y debe ser uno de los temas más socorridos pues, hoy por hoy, el que la cultura, la producción de ella y el patrimonio cultural de la sociedad, se encuentren en manos de la administración pública, representa uno de los puntos nodales para toda propuesta de cambio social o, en su caso, para toda intención de conservar el modelo vigente.

Como se ve, la administración de la cultura no se limita a una fase terminal del proceso cultural, es decir, a las artes y a las ciencias. Hoy día, el desarrollo científico, el fomento de las artes, la implementación tecnológica, etc., dependen en gran medida de acciones administrativas, pues la mayor parte de las escuelas y los institutos de investigación científica -- son subsidiados, si no es que costeados en su totalidad, por la administración, lo mismo que ocurre con muchas escuelas de arte o con los grandes proyectos de innovación tecnológica.

La administración de la cultura es mucho más que el fomen

to de las artes y las ciencias. La administración de la cultura es el mecanismo vigente por medio del cual la sociedad crea su cultura, por medio del cual se modela la sociedad, el individuo y la naturaleza. Es por esto que resulta tan importante inscribir a la administración pública en la perspectiva cultural, en la perspectiva social, para estar en la posibilidad de obtener un conocimiento más completo de los grandes -- problemas políticos del presente.

III DE LA CULTURA POPULAR A LA CULTURA DE MASAS

Anteriormente quedó expuesta la forma, la manera por medio de la cual se produce la cultura en las sociedades modernas. Con el concepto de "la administración de la cultura" se explicó la importancia del Estado en la producción y el control de la cultura, y dentro de él, lo fundamental que resulta la administración pública en el accionar cultural de la sociedad.

Entonces, se desprende de ello que la administración de la cultura es un punto modal para la problematización completa de la cultura, y que esa administración requiere una exhaustiva interpretación, un ejercicio decodificador intenso que nos permita llegar hasta las últimas implicaciones de este fenómeno social.

Sin embargo, esto sólo se refiere al modo, a la estructura política y social por medio de la que se produce la cultura, es decir, con la administración de la cultura designamos el proceso de apropiación-implantación de la cultura, pero no decimos ni una palabra acerca de los contenidos de ésta.

En el presente capítulo intentamos exponer el carácter social de la cultura que difunde un Estado capitalista, de la cultura que implanta la administración pública sobre el conjunto social. Ciertamente, el concepto de la administración de la cultura comienza a dar un poco de sí, y ya con este concepto tenemos noción de los contenidos de la cultura, pero es necesario -

un mayor tratamiento y una mejor explicitación de este asunto.

La cultura popular y la cultura de masas son dos conceptos que se manejan alternativamente, sin diferenciación alguna, cosa que ya se ha convertido en una práctica corriente en la mayor parte de los textos que tratan el problema de la cultura.

Pero de la diferenciación de ambas categorías depende la descripción exacta de la transformación cultural de la sociedad, así como la comprensión cabal del verdadero sentido de la administración de la cultura.

a) El pueblo

Como primer elemento a considerar y explicar tomaremos a "el pueblo", esa entidad constitutiva del Estado que ha perdido su original acepción política, esto es, como parte integrante de todo Estado, adquiriendo una significación distinta a la luz del discurso político moderno. En la teoría política clásica, el pueblo designaba el conjunto total de individuos que componían un Estado, o sea, la ciudadanía aparejada a todo miembro social. De esta manera, el pueblo era el elemento humano participante en los designios del Estado.

De esta significación clásica se ha pasado a otra, una significación contemporánea que no define al pueblo de igual manera. Ahora, el pueblo es el conjunto de individuos agrupados en clases, sectores y núcleos sociales subyugados por la clase so-

cial dominante. El pueblo es el "vulgo", la "pelusa", lo "no - exclusivo".

Es cierto que como categoría científica el concepto de pueblo tiene poca utilidad, pues en él se amontonan a clases y sectores con distintas características, disímiles entre sí. Grupos sociales que no sienten de la misma forma la opresión política y social y, por lo tanto, que no comparten un mismo proyecto político de liberación. Es, tan sólo, un mecanismo de exclusión: "todos los que no son mis amigos, son mis enemigos".

Sin embargo, si científicamente es poco útil dicho concepto, políticamente se rescata algo de su valor debido a un fenómeno que ocurre al interior de la sociedad, esto es, que las - clases medias - la burocracia, la pequeñoburguesía, la intelectualidad, etc.- no se sienten pueblo, es decir, que se piensan más en el proyecto de la burguesía que en el proyecto de las -- clases dominadas. Entonces, a pesar de no ser sectores dirigentes, no se identifican con el pueblo, con lo popular. Estar -- dentro del populacho sería lo último que desearía cualquier sector de la clase media. Todo menos eso.

Finalmente, encontramos que la única parte de la sociedad capaz y deseosa de asumir lo popular son las clases dominadas, el proletariado más específicamente. Sólo de esta manera tiene sentido hablar de una lucha popular y entender por ello una disputa encabezada por sectores proletarios, por sectores sociales que formulan un proyecto a partir de lo popular.

b) La sociedad de masas

La sociedad de masas es un fenómeno de la modernidad, producto del desenvolvimiento del capitalismo que ha llegado a una etapa madura. Pero este concepto no se refiere, como podría pensarse en un primer acercamiento, a la proliferación demográfica - observable en la mayor parte de las sociedades modernas, no, - pues este es un criterio puramente cuantitativo que lejos está de brindar una idea clara sobre este aspecto. Si bien es cierto que la proliferación demográfica, las grandes concentraciones urbanas, son condiciones necesarias, pero no suficientes, para la sociedad de masas, también lo es que no por ello se -- constituyen en su fundamento, pues éste hay que buscarlo en -- las premisas constitutivas de la sociedad capitalista, en lo - que representa el individuo situado en las relaciones políticas y sociales del capitalismo.

La sociedad de masas puede caracterizarse como una sociedad carente de grupos, instituciones, colectividades. Es una sociedad altamente atomizada, donde el individualismo priva sobre el colectivismo. Así, la sociedad de masas no es más que la sociedad capitalista plenamente desarrollada, que adopta el apellido de "masas" para tipificar más claramente las diferencias intrínsecas de esta sociedad en comparación de otras. La atomización de los miembros sociales en el mundo capitalista - es uno de los sueños más acariciados por el Estado, pues la --

distinción de tantos intereses privados como individuos existan en la sociedad, es el fundamento de la sociedad civil, la precondición del Estado capitalista.¹

En la sociedad de masas no sólo se cercena el individuo en múltiples subsistemas: el político, el económico, el jurídico, - el educativo, etc., sino también, en cada uno de ellos, el ser social aparece como ser individual, como un ente completamente independiente de los otros que participan en el subsistema.

Esta constitución del Estado y su correspondiente fortalecimiento -tomando como base el rompimiento de las estructuras sociales, de los tejidos sociales-, la hemos tratado ya anteriormente, por ello decimos que la sociedad de masas, en cuanto a su fundamento, no es nada nuevo.

El concepto de masa, desarrollado últimamente por varias escuelas de pensamiento,² representa el objeto humano sobre el que el Estado ejerce su poder y sobre el que la hegemonía burgue

-
- 1.- Quizá uno de los primeros teóricos que explicó el fundamento de la sociedad de masas sea Alexis de Tocqueville, aunque actualmente existen ya numerosos autores que analizan este fenómeno y, para el caso que nos ocupa, puede resultar útil consultar a Swingswood, Alan El mito de la cultura de masas. Ed. Premiá Editora, México, 1981.
 - 2.- Las investigaciones realizadas para analizar este concepto son muchas y variadas, practicadas desde diversos ángulos del conocimiento. Así, por ejemplo, los trabajos más destacados sobre esta cuestión arrancan desde Freud, pasando por la Escuela de Frankfurt y los autores italianos, como Franco Rositi, hasta uno de los estudios más recientes al respecto que, a la fecha, incluso, está de moda, y es el de Elías Canetti, Masa y Poder, que ofrece una visión novedosa digna de contemplarse.

sa sienta sus reales de dominación. Es esa masa informe, anónima, indiferenciada, la que hace posible tomar a un miembro social como a un espécimen de laboratorio y desmenuzarlo en todas y cada una de sus partes, siendo víctima de un poder que lo desnuda, que lo disecciona con la agresividad de un bisturí.

El proceso social de normalización, de uniformación, fue apreciado primero y más claramente en Norteamérica, en donde la triada esgrimida por la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad, rápidamente se reinterpreto para formularse de la siguiente manera: comunidad, identidad y estabilidad.³ Con esta reinterpretación, la tiranía de la mayoría adquiría un tinte real, con repercusiones y alcances poco ponderados todavía.

Allí, la comunidad implicaba el condicionamiento y la subordinación total del individuo ante la sociedad; la identidad enunciaba la desaparición de toda diferencia individual; y la estabilidad decretaba el fin del cambio social y el desprecio por cualquier proyecto o intención en este sentido.

De esta manera la masa amorfa, insensible e inconsciente, se erigía en objeto del poder político, de los medios de comunicación masiva, de las industrias culturales, y la sociedad compuesta por seres humanos pasó a ser una sociedad de masa, de hombres, sí, pero de hombres masificados.

3.- Véase Adorno, Theodor Crítica cultural y sociedad Ed, SIERPE, Madrid, 1984.

Cuando en la antigüedad clásica el Estado-ciudad comenzó por sustituir a la gens por el demos, cambiaba radicalmente el carácter de las unidades políticas constitutivas del Estado, -- así, al cambiar los lazos gentilicios por las demarcaciones -- geográficas, se rompió toda una estructura del poder político, de la interrelación social, para implantar otra estructura dotada de la capacidad de abarcar un todo geográfico y social, -- que minimizaba los vínculos gentilicios, haciendo abstracción de todas las implicaciones de éstos. Esto no es un antecedente histórico directo del Estado capitalista, ciertamente, pero es un símil teórico y político que ejemplifica claramente el -- proceso constitutivo del Estado moderno.

El Estado moderno, del mismo modo, hace del territorio un elemento de dominación, separa a los individuos por zonas geográficas, municipios, departamentos, etc., sin que importe la actividad económica, política o educativa de cada uno de ellos; aunque la existencia real de los individuos se funde en estas actividades y no en la zona geográfica donde habita. Así, la doble existencia del individuo, la real y la ficticia, la celestial y la terrenal, aparecen tan divorciadas y míticas como el mismo Centauro: mitad hombre y mitad bestia, cuya naturaleza dual no le impide dar batalla a lípitas y bárbaros.

Como se puede apreciar, el tratamiento del hombre como masa es algo que se desprende de la misma constitución del Estado capitalista, pero que es reforzada por los procesos sociales --

de dominación impuestos por el mismo Estado y la burguesía.

c) Cultura popular vs. cultura de masas.

En la actualidad, el blanco de toda crítica cultural lo constituye la tan llevada y traída cultura de masas. A ella se le -- atribuye la banalización de la vida del hombre, el embrutecimiento de las clases dominadas y, en general, la deshumanización del ser humano.

Como elemento de dominación, la cultura de masas se identifica directamente con los aparatos de hegemonía burguesa desperdigados a lo ancho y largo de la sociedad, principalmente a través de los medios de comunicación (o difusión, en un sentido --- más riguroso) masiva.

Basándose en estas apreciaciones, se ha dicho que la cultura se vuelca contra el hombre mismo; de ser un producto social ha pasado a convertirse en un depredador de la sociedad, de la misma forma que se vuelca contra el hombre la cría de cuervos.⁴

De esta cultura, uno de los aspectos más criticados es la llamada cultura del consumo, fenómeno difundido en la mayor parte de las sociedades capitalistas, y que tiene su razón de ser en las mismas bases productivas del sistema, pero que ha dado -

4.- Véase Henry, Jules La cultura contra el hombre Siglo XXI, México, 1967.

muestras más claras e intempestivas en los Estados Unidos de Norteamérica.

En esa formación social, la obsolescencia dinámica de los bienes de consumo y la impulsión tecnológica ⁵ que hace posible esa misma obsolescencia, convierten la vida cotidiana en un constante adquirir para vivir, en una pasión ciega por la obtención del mayor número posible de bienes de consumo.

Sin embargo, con la cultura de masas sucede lo mismo que con el fenómeno general de la cultura, donde la crítica cultural se dirige únicamente a la fase terminal del proceso y no a sus premisas, a los resultados y no a las condiciones, cosa que conduce en muchas ocasiones a interpretaciones erradas y, por ende, a conclusiones teóricas inadmisibles.

La cultura de masas tiene como premisas básicas la constitución política del Estado moderno y, dentro de éste, el carácter particular de las relaciones sociales de producción del capitalismo contemporáneo.

Siendo que en el capitalismo el obrero es un factor más en la producción de la riqueza, se tiene como resultado un ente dividido en dos partes o, más bien, un ente que reparte su tiempo en dos espacios: el tiempo productivo y el tiempo no productivo.

Durante el tiempo productivo el obrero se ve sometido

5.- Ibid. cap. I

al régimen de fábrica. Un orden dotado de una disciplina férrea e inviolable, con tiempos y movimientos taylorianamente calculados, a los que se somete sin posibilidad alguna de réplica. Con la subsunción formal, primero, y luego con la subsunción real - del obrero al capital, el dominio del último sobre el primero se torna indiscutible.

Con la subsunción formal el obrero ocupaba la mayor parte - de su tiempo en la producción, reservando apenas un mínimo espacio para descansar (para dormir). Entonces, su vida estaba cifrada en el régimen de fábrica, toda su atención se dirigía hacia él, pues era imposible que ocurriese de otra manera. De este - régimen, el obrero desprendía su conducta cotidiana, pues de él venía la ordenación del mundo que ante sus ojos aparecía como la única existente.

Pero con la subsunción real, con el aumento de la intensidad del tiempo productivo, el obrero ya no dedica todo su tiempo a la producción. Es entonces cuando para el capital el obrero se divide realmente en el tiempo productivo y en el tiempo - no productivo, es decir, aparece el "tiempo libre".

El régimen de fábrica sigue tan férreo e intolerante como en la subsunción formal, pero ahora ya hay que considerar lo - que hará el obrero en ese tiempo que no permanece en la fábrica: ese tiempo libre, de ocio.

Esta dualidad del tiempo del obrero representa el punto - nodal de la hegemonía burguesa, que ahora agrega al régimen de fábrica todo un aparato de hegemonía social destinado a cubrir

el tiempo que el obrero no permanece en la fábrica. Así, el tiempo libre deviene en un espacio vital de dominación, donde, también y al igual que en otros aspectos de la vida en sociedad, se entablan luchas políticas que no siempre se muestran como tales, adquiriendo formas disfrazadas, veladas.

Pero esta parcialización no es privativa del régimen de fábrica, no sólo es el obrero el miembro social repartido en su tiempo productivo y en su tiempo libre. En la oficina, en la escuela, en el comercio, etc., en todas y cada una de las actividades sociales está difundida la separación de estos tiempos, y la dominación política y social tiene un gran cuidado tanto para uno como para el otro.

Así, la cultura de masas, como producto destinado a los sectores populares, es, más que un producto, un proceso integral que tiene como premisas básicas: uno, la doble vida del individuo en la sociedad, la civil y la política, fundamento del Estado capitalista, y: dos, la separación drástica del tiempo de cada individuo; en tiempo productivo y tiempo libre.

Como habíamos avizorado en un principio, la cultura de masas, en su enunciado aparente, se dirige a cubrir el tiempo libre del obrero, haciendo de éste un espacio vital para la dominación. Sin embargo, el carácter de este tiempo libre no se comprendería sin el carácter del tiempo productivo, donde el obrero, más que un hombre, es un engranaje más; más que el

ser creativo de la riqueza, es un factor más en la producción de la riqueza. Del mismo modo que esta matriz espacial, el carácter de la cultura de masas es incomprendible si no se -- considera la doble vida del individuo en la sociedad moderna: la que realiza en la sociedad civil, donde desarrolla su vida real; y la que realiza en la sociedad política, donde se hace abstracción de su existencia material, para darle una ficticia, mística y fantástica, en la que del mismo modo que en el sistema productivo, es tan sólo un engranaje más de la maquinaria política.

Anteriormente afirmamos que la sociedad de masas se caracterizaba por un acendrado individualismo, prevaleciente sobre el colectivismo. Pero esto, a pesar de lo que podría pensarse, no contradice a lo anterior, donde se afirma que la cultura de masas hace abstracción de las cualidades particulares -- del individuo, y no lo contradice por que en el capitalismo, -- ciertamente, nos encontramos frente a un individualismo, pero uno muy particular, uno que es individualismo sólo en tanto -- que se le ubica en la perspectiva de la totalidad. Más claramente, el individualismo del que hablamos, es tal no por privilegiar las características específicas de cada ser humano, ni por erigirse en principio constitutivo del Estado, sino porque es un individualismo que se somete sin discusión al todo; es -- un individualismo que obedece a los dictados no de la unidad, sino que obedece a los dictados que para la unidad dicta la --

totalidad. Así, encontramos que este individualismo se da no por referencia al miembro social, sino por referencia al todo social.

Habíamos dicho que la cultura de masas tiene dos aspectos que tradicionalmente han sido los más criticados y, por lo mismo, se les ha tomado como a ella misma en su totalidad, ----- ellos son: la cultura del consumo y la banalización de los contenidos culturales. A toda esta crítica cultural hay que reprocharle su superficialidad, y sobre ella fundar una nueva -- "crítica de la crítica crítica".

El análisis social continuamente se nos aparece como un laberinto inescrutable, del que la facilidad para entrar contrasta con la dificultad para salir, a menos que, como a Teseo, el hilo de Ariadna nos conduzca hasta la salida. Pero cuando eso no sucede, las entradas nos parecen salidas y los finales comienzos. En fin, el análisis social es más fácil y a la vez más difícil que luchar contra el mismo Minotauro.

¿Cuál es la objeción para que los individuos deseen cada vez más la posesión de un mayor número de bienes y así satisfagan sus necesidades lo más desahogadamente posible? ¿Acaso la riqueza material aparta al hombre del camino de la virtud y la sabiduría? No, claro que no. El ideal económico de la humanidad es llegar a un estadio tal en el que la producción de la vida inmediata no signifique la preocupación terminante y absoluta de la actividad social, para así poder dar paso al verdadero desarrollo de las facultades y aptitudes humanas, sin estar

ya encadenado a la preocupación cotidiana del qué comer, qué vestir y dónde habitar. Para el hombre, el consumo de bienes es, más que negativo, positivo, y una de las grandes contradicciones del mundo moderno es que mientras se le repite a toda hora y en todo lugar que su papel básico en el mundo terrenal es consumir, existe toda una ordenación y disposición de la riqueza y los medios para adquirirla que le impiden llegar a ellos, poseerlos y consumirlos. De tal suerte, que lo criticable de la cultura del consumo no sea el deseo mismo de --consumir, sino el impedimento para el consumo. Aunque, también, debe aceptarse que esta cultura propone el consumo como un fin y no un medio, como la realización de la vida humana y no un medio para realizarla. Sin embargo, y a pesar de ello, esto no resulta tan gravoso como el impedimento para el consumo, pues de esta forma a las clases dominadas se les impone el suplicio de Tántalo, condenado a padecer hambre y sed sempiternas sin poder nunca satisfacerlas.

Ahora bien, para explicar esa cultura del consumo, tampoco es válida la interpretación del funcionalismo norteamericano, el que enfundado en la teoría de las necesidades y en la diferenciación de una cultura primitiva y una moderna, intenta, sin éxito, explicar el fenómeno. Según esto, en la cultura primitiva se producía conforme a un volumen fijo de necesidades, existiendo una correlación paralela entre producción y consumo. En cambio, la cultura moderna produce sin tener como contraparte un volumen fijo de necesidades, o sea, que la

producción no se guía por los requerimientos de la sociedad. Entonces, en la cultura moderna se produce no con el fin de satisfacer la necesidad, sino por el mero hecho de producir, por los procesos y resultados que brotan de la producción -- misma.

Esta diferenciación entre la cultura primitiva y la cultura moderna pretende explicar, en base a la no corresponden-
cia entre la producción y las necesidades, el desmesurado --
consumo en la sociedad moderna, pero la explicación no es --
del todo afortunada, pues si bien es cierto que existe una -
disparidad entre el factor consumo y el factor producción, -
ello se debe al divorcio entre el capital y el trabajo, don-
de el mismo proceso de producción engendra la contradicción -
económica.

De este modo, la solución del problema no radica en la -
igualación del consumo y la producción, sino en la disolución
de la contradicción capital-trabajo. ⁵

5.- Para criticar las afirmaciones de este funcionalismo nada mejor que hacer hablar a uno de sus representantes: "Entre las diferencias que se observan entre las sociedades más sencillas que la nuestra se destaca la inexistencia, en esta última, de lo que yo llamo complementariedad y --
coincidencia de las necesidades y de la producción. En la cultura primitiva, por regla general, no se produce lo que no se necesita; y los objetos se hacen en la cantidad y oportunidad requerida.
"El contraste entre el supuesto de la cultura primitiva -
de un volumen fijo de necesidades y el supuesto de nues--
tra cultura de un número indefinido de necesidades consti-
tuye una de las diferencias más notables y cargada de con-
secuencias que hay entre los dos tipos culturales." Hen-
rry, Jules. La cultura contra el hombre. Ed. Siglo XXI,
México, 1967, pág. 38.

Pero continuemos. El embrutecimiento de las clases subalternas no se debe única y exclusivamente a los contenidos de los mensajes que reciben a través de los medios de comunicación. Se debe, ante todo, al carácter del trabajo productivo. Sin embargo también hay que considerar lo que representa la diversión y el entretenimiento difundidos por los medios de comunicación masiva; los productos de las industrias culturales. Pero, y aquí debemos aguzar el sentido; la pura crítica de los contenidos nos conduce, más que a una crítica sociológica, a una crítica moral; más que a una crítica política, a una crítica ética. Porque, llegando hasta las últimas implicaciones, que el superhombre del imperialismo sea Superman y no Chanóc, resulta tan irrelevante como afirmar que la enagenación de los niños se deba a Mickey Mouse y no al Chapulín Colorado.

Como contraparte, hay que criticar no sólo los contenidos, sino el mecanismo social que hace permisible el que las clases dominadas sean solamente receptoras de los mensajes y en sus productoras. He aquí la premisa básica para una verdadera crítica de la cultura de masas que rebase el estado actual de este ejercicio mental.

La cultura de masas, en cuanto a contenidos y mecanismo, constituye uno de los factores de más importancia en la dominación política y social moderna, cuyo estudio y análisis debe seguirse desarrollando, intentando saltar las constantes trabas que se presentan en su examen.

Ahora bien, si la cultura de masas es un medio de dominación difundido en toda la sociedad, y su efectividad es ampliamente probada por la subordinación de las clases dominadas obtenida por este medio, ello no implica que el consenso y la subordinación se den sin objeción alguna, no, pues diversos sectores sociales anteponen a esa cultura elementos de resistencia, de oposición al acatamiento ciego de sus implicaciones y fundamentos.

La distinción entre la cultura de masas y la cultura popular nunca ha sido realizada concienzudamente, más aún, en muchos de los casos se ha confundido a una y otra, sin distinguir que a cada una de ellas corresponden diferencias abismales, redundando en contenidos políticos y sociales muy dispares. Es decir, mientras la cultura de masas es un elemento de dominación esgrimido por el Estado y la burguesía, la cultura popular es la actividad de diversos sectores y clases sociales que manifiestan sus concepciones, proyectos e intereses a través de ella. De tal suerte, que la cultura popular, en su fundamental implicación, corresponde a modos y formas de organización de las clases desposeídas, quienes por medio de todas estas prácticas, manifiestan su descontento con el orden establecido.

En un examen más riguroso, encontramos que la cultura popular no se limita a tradiciones y costumbres de estos sectores, tales como el habla, las prácticas religiosas, los modos de esparcimiento, etc., puesto que esto sólo es la manifesta-

ción de la cultura popular, y sus cimientos se encuentran en su constante lucha en contra del Estado, disputándole la recomposición de su tejido social, y extendiendo a todos los puntos del cuerpo social la lucha política.

Al respecto, García Canclini dice lo siguiente:

"Las culturas populares (más que la cultura popular) se configuran por un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de sus sectores subalternos, y por la comprensión, reproducción o transformación, real o simbólica, de las condiciones generales y propias del trabajo y de la vida.

"Por lo tanto, las culturas populares se constituyen en dos espacios: a) las prácticas laborales, familiares, comunicacionales y de todo tipo con que el sistema capitalista organiza la vida de todos los miembros; b) las prácticas y formas de pensamiento que los sectores populares crean para sí mismos, para concebir y manifestar su realidad, su lugar subordinado a la producción, la circulación y el consumo."⁶

Pero este autor se refiere a dos fuentes cuando en realidad no es así, pues si las culturas populares se erigen a partir de una determinada realidad, que es el sistema capitalista, y a partir de ésta construyen símbolos y realidades distintos que representan sus aspiraciones, entonces, las culturas populares se constituyen como contradicción a eso, como una antítesis que aspira construir una síntesis.

6.- García Canclini, Néstor. Las culturas populares en el capitalismo. Ed. Nueva Imagen, México, 1982, pags. 62 y 63.

La cultura popular, como la mayor parte de las actividades sociales, ha recibido un tratamiento específico por parte del Estado. Ello no obstante que la cultura popular representa un factor de oposición al Estado y, mejor aún, por representar esta oposición, el Estado tiene para con ella una serie de cuidados y actitudes que simbolizan la contestación, la respuesta política a esa interperlación del mismo talante.

Para el Estado, la cultura popular es un elemento de preservación. Cuando el gobierno, y más ampliamente el Estado, formula una política cultural, ven a la cultura popular como una tradición a la que hay que conservar, pero jamás desarrollar. El desarrollo cultural se fija por otros caminos, pero nunca aceptando que la cultura popular es uno de esos caminos, sino tratándola como a un recuerdo del pasado, que es permisible conservar pero sólo si se relega allí, a un viejo arcón repleto de folklor y recuerdos.

La batalla contra la cultura popular no la enarbola únicamente el Estado, aunque éste sea el estratega del combate, pues:

"...al abandonar el Estado su incierto deseo de forjar una cultura popular, al no verle sentido a lo considerado inmutable y eterno (las formas de relación y diversión de las mayorías) aparece la industria cultural. Los empresarios toman en sus manos la radio, el cine, las historietas, la mayor parte de la prensa, y sus ofrecimientos culturales son completamente magros; el melodrama, el humor prefabricado, el sentimentalismo

mo. Por su cuenta la industria descubre técnicas de asimilación ideológica que el Estado aprueba."⁷

La dinámica del desarrollo político y económico en las sociedades contemporáneas se ve activada por la cultura popular, y aunque las luchas populares no tengan en sus manos los medios e implementos para fijar el proyecto social y los mecanismos para su cumplimiento, las batallas que a diario se presentan se convierten en presiones que obligan al Estado a ----- brindar una respuesta, con lo que éste amplía constantemente - su esfera de actividad, lo que no siempre se hace conforme al proyecto político de la clase dominante. Así, el crecimiento del Estado, la expansión de éste sobre la sociedad, es también producto de la constante disputa política y social.

Cuando el Estado etiqueta a una cultura popular, otorgándole éste carácter, se establece una clara diferencia. Si hay culturas populares, entonces hay culturas de élite. Sin embargo, esta distinción, que brota del accionar estatal, no es así incluida en el discurso político de la dominación, pues jamás - se hace un tratamiento expreso de la cultura de élite. Esta se presenta como un hecho indiscutible en tanto que las clases dominantes tienen su propio modo de vida, que se desprende del lugar mismo que ocupan en las relaciones sociales, lo que se - cristaliza en su manera peculiar de apropiarse de los valores culturales, valores tanto materiales como espirituales.

7.- Monsiváis, Carlos. "Notas sobre el Estado, la cultura y -- las culturas populares" en Cuadernos Políticos No. 30 ---- oct-dic 1981, pag. 35.

El Estado distingue a la cultura popular para distinguir, precisamente, la cultura de élite, aunque esa distinción sea más implícita que explícita. Al etiquetar a la cultura popular, quiere mostrar la superioridad de la cultura propuesta -- por la dominación, quiere evidenciar lo burdo y anacrónico que resultaría para el desarrollo de la cultura popular.

Sin embargo, la cultura popular no es un fenómeno homogéneo, es decir, no se constituye en un proyecto único al que se agregan los sectores y las clases sociales dominadas, pues esto sólo aparecería cuando uno de esos sectores comenzara a conformar su hegemonía social, insertando a los otros sectores en este proyecto único. Pero cuando esto no ocurre así, encontramos la subsistencia de tantas culturas populares como sectores subordinados existen.

El desarrollo del capitalismo, con la consecuente diferenciación campo-ciudad, ha brindado la primera gran separación -- de las culturas populares. En una primera distinción estableceremos que existen culturas populares tradicionales y culturas populares modernas.⁷ Las primeras corresponden a los sectores sociales arraigados al campo, los que no están integrados de lleno a la sociedad industrial moderna y que, por lo mismo, ocupan un lugar peculiar en la formación social. Lugar que, si bien se integra al sistema capitalista, escapa a las modalidades de la dominación impuesta en las ciudades. En este sentido

7.- Para ampliar este asunto puede consultarse a Williams, Raymond " Las comunicaciones como ciencia cultural " en Examen de la cultura popular. comp. Bigsby, C.W.E. Ed. FCP, México 1982.

nos podemos referir a un cierto tipo de marginación, que ha---
ce permisible el que los cambios culturales de esa zona se - -
den muy paulatinamente, causando grandes problemas de acultura
ción. Esa anacronía es la que nos permite distinguir lo tradi-
cional en esas culturas populares, lo arraigado de esos secto-
res a moldes y estructuras del pasado.

La cultura popular moderna se encuentra, básicamente, en
las ciudades o allí donde el capitalismo ha impuesto sus rit--
mos propios de producción y convivencia social. Es esa cultu-
ra popular de las urbes la que constantemente es minimizada --
o despreciada por un sinfín de instancias estatales, pues su -
posible desarrollo implica un gran peligro para la estabilidad
social vigente.

Paradójicamente, nos encontramos con que si en el campo
la existencia de tradiciones es un factor que permite disputar
la preservación cultural, en la ciudad la carencia de tradicio-
nes representa un factor en contra de esa cultura popular.

La cultura popular y la cultura de élite forman una ecua-
ción irresoluble en las sociedades contemporáneas, y se refie-
ren a la dominación que impone la una sobre la otra, erigiéndo-
se cada una de ellas en bloques perfectamente demarcados. Sin
embargo, si en la cultura popular y la cultura de élite distin-
guimos una oposición que políticamente no habla más que de dos
polos, con la oposición entre cultura proletaria y cultura bur-
guesa encontramos dos proyectos muy bien definidos: uno que se

reliza sobre el otro y aquel que lucha por revertir la situación.

Sí, en términos políticos, la cultura popular representa una resistencia,⁸ pero la cultura proletaria representa una resistencia y un proyecto específico. La cultura proletaria no es una parte de la cultura popular, es, fundamentalmente, el carácter obligado de toda cultura popular que pretenda hacer coherente y realizable un proyecto político.

8.- Desde cualquier punto de vista y en cualquier parte la cultura popular representa una resistencia, una resistencia a la opresión: " Pero entre todos sus componentes (de la cultura popular), hay uno que no falta nunca y que puede dar el hilo conductor para seguir el proceso: la resistencia oculta, innominada, tantas veces no consciente, contra esa opresión, esa resistencia que se disfraza de sarcasmo, de agresión, de doblez, de silencio, de imprecación a veces contra los mismos pobres."

" Ideología estatal e industrial cultural privada, aparentemente antagónicas en sus posiciones, convergen y se complementan en este punto definitorio: que nada se decida abajo (aunque los de abajo tengan derecho a ruego, de petición y, a veces, hasta de protesta); que todo se decida arriba. Esto supone que tanto en el ámbito de la política como en el de la cultura, se puede tolerar y puede existir la crítica individual, pero jamás el control crítico colectivo y organizado de los de abajo. " Gilly, Adolfo " La acre resistencia a la opresión " en Cuadernos Políticos No. 30, oct-dic. 1981 págs. 49 y 51.

Del mismo modo, si la cultura de élite representa una dominación política, la cultura burguesa representa una dominación política llena de sentido, una dominación articulada en base a todo un conjunto de supuestos económicos, políticos y sociales. Es decir, una dominación política específica.⁹

Como se ha visto a lo largo de este apartado, la cultura popular y la cultura de masas son cosas completamente distintas, pero con un común denominador, que ambas tienen su residencia en los sectores populares, una arraigada a ellos y otra que pretende ser impuesta desde fuera por otras clases sociales.

9.- Véase Claudio-Urondo, Carmen Lenin y la revolución cultural. Ed. Anagrama, Barcelona, 1978, y para el mismo asunto también puede consultarse a Rositi, Franco Historia y teoría de la cultura de masas. Ed. G.G., Barcelona ---
1980

IV. LA CULTURA POLITICA Y LA CULTURA ADMINISTRATIVA

El hombre, como ser social, tiene una serie de actitudes, reacciones y nociones sobre todos y cada uno de los aspectos de la vida social y natural. De la sociedad en que se mueve, le vienen una gran parte de las formas estructurantes de estas reacciones y emociones, quedando para el individuo particular, la capacidad para llenar de contenido esa estructura y modelarla conforme a determinados márgenes.

El individuo, al participar en una determinada cultura, tiene ciertas características generales que hacen posible identificarlo con esa cultura. Estas características se engloban en rasgos culturales definidos y específicos, tales como la religión, la educación, el comportamiento político, la forma de producir, etc. En algunas ocasiones, a cada rasgo se le identifica con una subcultura, con un subsistema cultural y, si suena ambiguo el término subsistema, podría traducirse como una parte definida y coherente de la cultura. Sin embargo, el concepto de subcultura no sólo tiene esta significación, pues si en este caso se le utiliza para designar un componente determinado de la cultura, en otros se le utiliza para designar el lugar social, económico y político que ocupan ciertos grupos humanos en la cultura de una sociedad; la ubicación y condición de esos grupos en una determinada formación social. En estos casos, la subcultura corresponde a la clase o sector social al

que se hace referencia.

Procediendo conforme a la primera diferenciación de subculturas, tendríamos que existe una cultura educativa, una cultura religiosa, una cultura política, una cultura económica, etc., y con cada uno de estos conceptos haríamos referencia a un complejo específico de relaciones sociales, implementos materiales, tradicionales culturales, herencia histórica y un sinnfin de cosas más, pero sin olvidar que sólo son partes de un todo complejo e interactuante, que por ningún motivo acciona para separar dichas partes, sino, por el contrario, acciona centrifugadamente, haciendo muy difícil establecer barreras rígidas e inamovibles entre esos subsistemas.

Considerando lo anterior, y a la luz del análisis del Estado moderno, podemos afirmar que actualmente esa serie de subsistemas tienen jerarquías que las diferencian específicamente, es decir, que no equivalen a partes indiferenciadas e intercambiables de ese todo. No, en el funcionamiento total de la cultura, las interrelaciones tienen determinantes, premisas que dan sentido al conjunto de conexiones. Considerando esto y a la luz del análisis del Estado moderno, decíamos, el aspecto político cobra especial relevancia, en tanto que se constituye como fundamento de la dominación de Estado moderno.

Así, lo político en las sociedades contemporáneas, tiene preferencia al tipificar el conjunto de la dominación. De ese modo, el sistema político, los partidos, los sindicatos, las -

asociaciones, en fin, las instancias que componen las relaciones políticas de una sociedad, son la punta de la hebra a desenredar. Este conjunto de relaciones que se plasma en cada individuo, dependiendo del lugar que ocupe en ellas, del conocimiento que tenga de las mismas y de las actitudes que se adopten al tomarlas como referencia, es lo que podemos llamar la cultura política, que como se ve, es un elemento que corresponde a toda la sociedad, pero del que se participa de distintos modos.

Dentro de esta cultura política existe una cultura administrativa, constituida a partir del aparato administrativo, el gobierno, la burocracia, las reglamentaciones administrativas, y algunas cosas más. La trascendencia de la cultura administrativa dentro de la cultura política es el tema del presente capítulo, y el esclarecimiento de la primera, su finalidad.

a) La cultura política.

Existen dos aristas básicas de la cultura política; una de ellas es la que corresponde al aspecto social, es decir, a los partidos, las asociaciones, los sindicatos, etc., y la otra corresponde al aspecto individual, o sea, a la forma en que cada hombre participa, conoce y reacciona a partir de los hechos políticos¹. Este segundo aspecto no debe tomarse a la

1.- Este aspecto de la cultura política puede explicarse tam-

manera vulgar, extrapolando a este asunto la concepción de la cultura-saber, afirmando que un individuo tiene más cultura política en tanto conoce más de política. Esto tan sólo es una consecuencia de la cultura política que impera en el conjunto social, pero no es ella misma.

La actividad política es atributo de todo hombre, en unos más desarrollada que en otros, pero todos participan de ella, aunque sólo se reduzca, en muchos casos, a constituirse en objetos de la dominación política. La cultura política del capitalismo tiene esa característica, es decir, hace privativa de unos cuantos la actividad política, lo que retribuye un mayor conocimiento de ella, dejando para los demás una mínima parte, encajonada en los moldes y las estructuras que la dominación impone. Así, frecuentemente, esa actividad se reduce al voto y a una vaga noción de la forma en que se dirimen los asuntos políticos en las cumbres del Estado.

La cultura política, interiormente y al igual que la cultura general de una sociedad, produce mecanismos de participación y represión.

bién de la siguiente manera: "...actitud política significaría entonces la organización relativamente permanente de creencias en torno a un objeto-persona, grupo, institución, cuestión o problema- o situación políticos, que pre dispone al individuo a responder preferentemente en cierto sentido." López Pina, Antonio y Aranguren, Eduardo -- La cultura política de la España de Franco. Ed, Taurus, -- Madrid, 1976, pág. 28

Al hablar de la cultura política de un pueblo se hace referencia a todo un transcurrir histórico, un devenir que ha sido conformado tomando como base una dominación específica y --- que engloba los sistemas de partidos, las formas de gobierno, - la participación ciudadana, etc. . Esa herencia política desenboca en un presente donde llega a afirmarse que gran parte de - la población no tiene cultura política, es decir, que no tiene formación política. Y esto, relativamente, es cierto, pues esta dominación, a través de la historia, ha desplazado las formas de participación política, si es que alguna vez las hubo, - y si no, ha impuesto una cultura política acorde con sus postulados primigenios.

Pero, siguiendo el hilo de los anteriores capítulos, el - Estado contemporáneo ha polarizado esta relación. Al privar -- de iniciativa a la sociedad afirma su cultura política con nuevos y sofisticados mecanismos, esta vez echando mano de una --- cultura administrativa que crece al interior de la cultura política, que la estigma y permea sensiblemente. Una cultura administrativa que se muestra mucho más despótica que los elementos de la cultura política privilegiados anteriormente.

b) La cultura administrativa.

Si anteriormente el sistema de partidos, los procesos electorales, las asociaciones corporativas, etc., se mostraban como - - los medios indicados para lograr la hegemonía sobre el grueso -

de la sociedad, actualmente los procesos burocráticos, las instituciones administrativas, los reglamentos administrativos, etc., se muestran mucho más idóneos y dispuestos para tal fin, además de aparecer mucho más complejos e ininteligibles para la mayor parte de la sociedad. Ello no obstante la creciente expansión del Estado, y dentro de él, de la administración pública, pues a esta expansión no corresponde una mayor participación y conocimiento por parte de la sociedad, sino, por el contrario, corresponde un mayor desconocimiento.

Con la evolución del Estado moderno, la dominación ha cambiado en su conjunto; si alguna vez el consenso social fue canalizado por el sistema de partidos, aquello está olvidado; si alguna vez ese mismo consenso estuvo conducido por aparatos corporativos, eso comienza a olvidarse. Ahora, el consenso de la población así como, en el último de los casos, su coacción, está concebida, abanderada e instrumentada por la administración pública. La cultura política de las sociedades contemporáneas tiende a privilegiar, dentro de ella, a la cultura administrativa.²

-
- 2.- Sin duda uno de los pocos autores que ha examinado el tema de la administración de la cultura y de la cultura administrativa es Dwight Waldo, quien da un panorama develador de la burocratización de la sociedad en la siguiente cita; -- " Las organizaciones formales o burocráticas tienden a crecer tanto a costa de la organización social más antigua y 'natural' , como de la individualidad y del mundo particular y propio de cada quien. Las organizaciones tienden no sólo a determinar el trabajo de la mayoría de las personas y el medio en que aquél tiene lugar, sino también a apor--

La burocratización de las sociedades ha sido entendida - como el vertiginoso crecimiento de la administración pública, y con ella, el crecimiento proporcional de la población que de sempeña labores administrativas. Pero más precisamente, la burocratización de las sociedades se refiere a la difusión de -- las prácticas y sistemas administrativos. Es decir, que cada vez más, al interior de la sociedad, se reproducen los mecanismos burocráticos impuestos en la administración del Estado. El monopolio de la información; el secreto burocrático; el expediente o documento como prueba definitiva de un hecho; la proliferación de las organizaciones formales; etc., son los elementos difundidos en el seno de la sociedad por medio de los cuales se hace posible la vida en ella y que crecientemente se vuelven imprescindibles para su existencia.

Pero el elemento más ligado a la cultura administrativa no es el crecimiento impresionante de la burocracia, sino el fenómeno global de la administración de la cultura. Con la -- creciente importancia de este fenómeno, la inversión de los términos (administración de la cultura-cultura Administrativa) designa dos procesos paralelos, aparejado el uno con el otro.

tar los instrumentos y el ambiente para el esparcimiento y los ocios; la verdad es que abarcan la vida entera, desde el nacimiento, organizacionalmente certificado en un hospital por una organización, hasta la defunción, también -- organizacionalmente certificada y el funeral en un cementerio regido por otra organización " Waldo, Dwight " Administración pública y cultura " en Martín, Roscoe (comp.) Administración pública.- Ed, Herrero, México, 1967, pág. 61

Con la relevancia de la cultura administrativa dentro de la cultura política de una sociedad, se hace necesario e imperativo el pensar en estos términos para cualquier proyecto social, ya sea de cambio o preservación. Así como la cultura -- política nos habla de toda una tradición histórica y una forma de ser del individuo social, la cultura administrativa nos habla del giro actual de la dominación política.

El contacto cotidiano con aparatos, reglamentos e instituciones administrativas ha dado como resultado toda una pauta de comportamiento por parte de la sociedad. Por ello, en la actualidad, hablar en términos de la cultura administrativa revitaliza el concepto de cultura política, lo hace más cercano y manejable.

V.- HACIA OTRA ADMINISTRACION DE LA CULTURA

El hecho de que el Estado capitalista haya roto los mecanismos de convivencia social allí donde los había, y que haya impedido la construcción de tejidos sociales distintos a los que le son propios, constituye el elemento nodal para toda reflexión en torno a otro sistema de administración de la cultura. El hecho mismo de la administración de la cultura significa uno de los frutos más importantes del Estado moderno, y sin embargo, pensar que la administración de la cultura sea algo privativo del Estado capitalista quizás no sea del todo correcto.

Es conveniente, desde ahora, dejar aclarado que tanto - en el reino de la economía como en el reino de la cultura, no existe una "crisis final" del capitalismo. Para esto hay que denostar todas las argumentaciones catastrofistas que atribuyen al sistema capitalista un mal endémico, un tumor canceroso que, inevitable e indefectiblemente, lo conducirá hasta su muerte. Estas ideas hay que arrancarlas y desterrarlas de toda mentalidad que piense en un cambio del sistema capitalista, donde la actuación consciente, específica y particular de los individuos quede supeditada al inevitable fenecimiento del sistema, y no se constituya en agente transformador decidido, en una voluntad de cambio que supere al cambio de la involuntariedad. Esto es válido para las relaciones estrictamente económicas y, mucho más valedero, para las relaciones cultura

les en todos los sentidos.

Ahora bien, las alternativas de cambio cultural van en los más diversos sentidos y, también, tienen distintos rangos de profundidad y proyección, por ejemplo, en este capítulo presentaremos tres alternativas que, ciertamente, no son de la misma envergadura, pero que pretenden proponer un cambio en el modo de producir, implantar y controlar la cultura. Estas tres proposiciones son: 1) la democratización de la cultura, 2) la contracultura, y 3) la revolución cultural.

a) La democratización de la cultura.

Desde Jesucristo, y en otras religiones seguramente desde mucho antes, la idea de un mesías que venga a redimir a los oprimidos no cesa de campear sobre los desesperanzados corazones de los creyentes. Este sentimiento paternal, íntimamente ligado a la esencia de la deidad, no se limita únicamente al mundo extraterreno, al reino de los cielos, sino que en la misma tierra goza de una popularidad tal que, de los apremios más banales, se nos quisiese librar por la espera, y la llegada, claro, de una salvador.

En la misma vida política de innumerables pueblos, la idea de un líder, de un caudillo, representa la esencia misma del proyecto político de liberación. Es por ello que el deseo de un líder carismático funge como proyección política de las clases subalternas, y este sentimiento, mitad religiosa mitad política, es fomentado por quienes disfrutaban en ese momento de -

los favores de la riqueza y la dominación.

Esta es una de las ilusiones que adoptan buena parte de los individuos sometidos a un yugo político, y otra de esas ilusiones es la de ofrecerles los "altos productos culturales" como inicio de su liberación, como elemento atenuador del desequilibrio en la distribución de la riqueza social.

Cuando en 1929 José Vasconcelos lanzó su candidatura a la presidencia de la república, realizó una gira por el interior del país que, sin duda, le otorgó un conocimiento menos literario del pueblo que deseaba gobernar. En una de esas ocasiones, un campesino se le acercó para exponerle sus problemas, los que escuchó de muy buen agrado, regalándole, al término de la conversación, un ejemplar de La Divina Comedia, para aliviar, en algo, el terrible desconsuelo del pobre agricultor.

Debido al giro que en el presente trabajo ha tomado el concepto de cultura, al hablar de la democratización de la cultura deben plantearse varios de esos considerados, más, para proceder con algún orden, primero examinaremos lo que coloquialmente se entiende por este concepto, y posteriormente haremos la reflexión en los términos que ya planteamos anteriormente.

La democratización de la cultura es uno de los artifices que comúnmente se manejan para lograr una distribución más justa de la riqueza social, intentando que las clases subalternas tengan acceso a los productos más refinados de las artes y las

ciencias, lo que se postula como contraparte o, más bien, como complemento al consumo de los bienes materiales.

Pero esta democratización, entendida como se maneja en -- los discursos políticos de la dominación, cojea de ambos pies y, siendo así, cae por su propio peso. En primer lugar, el de terminar cuáles son los productos refinados de las artes es -- una atribución de las clases dominantes, que reconocen una incapacidad e impotencia de las clases deprimidas para lograr un esparcimiento "sano" y "culto". Así, la visión paternalista -- que se funda en la misma dominación política, impone las etiquetas de lo "excelso" y lo "procaz", de lo "exquisito y lo -- "deleznable".

La segunda falsedad es considerar que las clases dominadas alivian en algo su pobreza material al sacárseles de su pobreza espiritual, esperando que disfruten las expresiones artísticas de un mundo material que los excluye de toda posibilidad del verdadero esparcimiento y recreación. De este modo, -- si el arte es aquella actividad con la capacidad de provocar -- emociones en los espectadores, cualesquiera que estas sean, -- las emociones de los seres humanos cambian radicalmente si -- pertenecen a una clase social o a otra.

La democratización de la cultura es pues, en este sentido , un sofisma cargado de superchería y superficialidad.

Para que el concepto de democratización de la cultura tuviera una significación realmente importante, y por esta importancia debe entenderse que verdaderamente representara un cam-

bio cultural, habría que adjetivarla, es decir, habría que agregarle el sentido de una democracia social, democracia económica y democracia política, y todo esto cargado de una fuerte dosis de alquimia académica, pues la democracia es, necesaria y únicamente, política. Pero para hacer valedero el concepto, concedamos esa ampliación del término.

Efectivamente, si por democratización de la cultura pudiera entenderse un sistema que otorga a los grupos y colectividades sociales un control más directo sobre su vida, material y -espiritual, entonces ese término tendría sentido para la transformación cultural. Sin embargo, una democracia que siga observando como fundamento primigenio al Estado capitalista, no puede aspirar a convertirse en una alternativa viable y complaciente. La democracia, entendida en esos términos, y aún forzando su significado, es tanto cuanto más limitada que la democratización de la cultura esbozada al inicio de este inciso.

b) La contracultura.

La contracultura fue el término con el que se designó un movimiento desargollado en los años 60's por la juventud de casi todo el mundo, se dio desde los Estados Unidos de Norteamérica -- hasta los países de Europa, pasando por la América Latina y llegando hasta las civilizaciones más lejanas, como las de Oriente.

Este movimiento se caracterizaba por un rechazo hacia los

moldes y las pautas de conducta social, era como una protesta de la juventud ante una cultura rígida y preestablecida. Esta contracultura significaba una manifestación en contra de la cultura occidental; en contra de la guerra, de los valores morales, de las costumbres sociales, de la burocratización de la sociedad, de la comercialización de las emociones humanas, etc.

Ciertamente, no se constituyó en un movimiento político organizado que planteara alternativas viables y orientadas hacia la totalidad social, sino, más bien, representó un voto de indiferencia, una voluntad de segregación.

El fenómeno más vistoso de esta manifestación fueron los llamados "hippies", quienes llevaron al extremo las concepciones del movimiento, intentando proclamar un modo de vida que no sólo protestaba contra un sistema social, sino que protestaba contra la sociedad misma.

El carácter, la orientación y la pretensión misma del movimiento no significaron nunca un reto o un desafío a la cultura occidental; los mecanismos políticos, económicos y comerciales propios del capitalismo lograron digerir e incorporar todas estas expresiones, quitándoles lo poco o mucho que hubiesen tenido de propositivo, y así lo revirtieron contra sí mismo, para que muriese de inanición e inmovilidad.

Los movimientos estudiantiles de esa misma década pueden concebirse como una secuela de la contracultura, como la reacción de la juventud ante un sistema capitalista cuya modernización les oprimió de lleno, y les asfixió al extremo de convul

sionar su percepción y proyección social. Estos movimientos - adquirieron tintes eminentemente políticos, y si directamente no eran representantes de la contracultura, sí significaron - su expresión más depurada y precisa, aunque todos conocemos el destino y fin de estos movimientos, pero aún así, no dejan de constituir un hito en las proposiciones del cambio cultural.

c) La revolución cultural.

Si la democratización de la cultura y la contracultura representan dos puertas falsas para la proposición viable de un modelo cultural distinto, el término de revolución cultural posee una cantidad de aristas inagotables. El mismo concepto resulta mucho más drástico, mucho más radical (entendiendo por radical aquello que va hasta las raíces de la cosa misma) que los dos anteriores.

La gran resonancia de la Revolución China y el carácter - que indefectiblemente se le ha otorgado como la Revolución Cultural China, limita en algo la disposición para entrar en esta materia, pues al hablar de revolución cultural, instantáneamente se nos remite a la Revolución China. Pero hay que dejar asentado que la Revolución China no es el modelo único de revolución cultural ni, tampoco, la única revolución social que aspira a llegar a la raíz cultural.

La revolución cultural plantea una composición social dis

tinta a la del sistema que viene a revolucionar, en este caso propone una composición distinta a la del sistema capitalista.

La revolución social es preámbulo y condición para la revolución cultural. Sólo rebasando ciertas formas de relación social, el hombre puede acceder a la posibilidad de apropiarse del mundo material y espiritual, sólo así la capacidad humana para crear, materializar y reconocer símbolos adquiere un giro distinto: acerca o, en todo caso, aleja el control del hombre, del individuo particular, sobre esta facultad.

El modelo de revolución socialista constituye una alternativa viable de revolución cultural, en ella la administración pública no tendría que actuar sobre individuos formalmente iguales y realmente desiguales, la actuación de esta administración se fundaría en el reconocimiento formal de desigualdades y en la intención manifiesta para igualar las condiciones materiales de los individuos. Esta condición básica de la administración socialista sirve para establecer su diferencia esencial con la administración capitalista, y no en el postulado aquel de pasar a administrar cosas en vez de seres humanos. La administración pública no puede administrar otra cosa que seres humanos.

CONCLUSIONES

Una de las actividades fundamentales del quehacer científico es, sin duda, la constante construcción de conceptos que permitan, en primer término, una descripción correcta y puntual de las distintas realidades que tiene ante sí cada ciencia. A través de esta correcta descripción, una teoría específica puede aspirar a determinar las ulteriores modificaciones que puede sufrir el objeto de estudio, lo que puede deberse a la naturaleza misma del objeto o a la intervención directa del ser humano.

En las ciencias sociales, la constante actualización, adición y modificación de los conceptos resulta vital para su existencia. Esto se debe, primordialmente, al carácter del objeto de estudio de estas ciencias, ya que la transformación de las sociedades, del hombre mismo a fin de cuentas, es un hecho innegable, del que apenas nos percatamos cuando ante nuestros sentidos transcurren los fenómenos tan velozmente que al cobrar verdadera conciencia de ellos ya son historia.

Esta investigación se ha inscrito en esta línea; tomar conceptos ya existentes para redefinirlos, llenarlos de nuevos contenidos y crear otros.

La cultura, que a la luz de esta investigación resulta un concepto indispensable para el análisis social, ha sido definida como la capacidad humana para crear, reconocer y materializar símbolos. Pero esta capacidad del ser humano, resulta determina

da por las condiciones sociales particulares en las que se mueve cada individuo, de allí que la creación, reconocimiento y materialización de estos símbolos se vea fuertemente influida por las relaciones de dominación impuestas en cada sociedad.

Esta actividad, al ser objeto de las disputas políticas, -- tiende a adoptar formas acordes a los modelos y requerimientos de la dominación, así, por ejemplo, la cultura nacional y la cultura de Estado son dos maneras indisolubles por medio de las cuales -- una dominación utiliza la cultura para sus fines inmanentes. Pero en tanto que estas dos categorías indican el carácter netamente político que un Estado determinado imprime a la cultura, la -- cultura de masas indica un carácter básicamente social, que también es aplicado por el poder estatal.

Sin embargo, las relaciones de dominación constan, al menos, de dos polos, y para el caso de los dominados existe también una cultura popular, con la que enfrentan todas estas tentativas por imponer un determinado tipo de cultura, entendiéndola como el -- proceso integral de producción, implantación y control. Del amplio repertorio que contiene la cultura popular, se puede echar mano para resistir, en un primer momento, el embate de la cultura dominante y posteriormente para subvertir esa misma situación lo que depende de que esa cultura popular logre integrar adecuadamente los otros elementos de la liberación social, y que aunados constituyen un proyecto integral de liberación.

Esta lucha política y social se ve estigmada por el modo particular de instrumentar la cultura dominante y, a la vez, contrarrestar las manifestaciones culturales oponentes; ese modo particular de accionar lo constituye la administración pública. Empero, lejos de ser un simple instrumento, la administración pública ha transitado para formularse como una administración de la cultura, la cual comienza a ser motor de la cultura nacional y de la cultura de Estado, organizandola y dotándola de un cuerpo que ella misma va modelando y alimentando hasta erigirlo sobre sus propios pies, lo que parece darles movimiento propios, autónomos.

De este modo, la administración de la cultura ha culminado un proceso mediante el cual el Estado había arrebatado a la sociedad su capacidad de iniciativa, su capacidad de modeladora cultural. No solamente está en juego, pues, la intervención y control del Estado en la economía, la salud o el trabajo, no, ahora se trata de llevar la situación hasta las últimas consecuencias, llegar hasta el extremo de incidir en el modo por el que el individuo guía su conducta, por el que crea, reconoce y materializa los símbolos que articulan el proyecto de la vida en sociedad.

BIBLIOGRAFIA

- 1.- ADORNO, THEODOR. CRÍTICA CULTURAL Y SOCIEDAD. ED. SARPE, MADRID, 1984.
- 2.- ADORNO, THEODOR Y HORKHEIMER, MAX. SOCIOLÓGICA. ED. TAURUS, ESPAÑA, 1979.
- 3.- AGUILAR CAMÍN, HECTOR. "NOCIONES PRESIDENCIALES DE CULTURA NACIONAL. EN EN TORNO A LA CULTURA NACIONAL. ED. INI, MÉXICO, 1976.
- 4.- AGUILAR, LUIS F. POLÍTICA Y RACIONALIDAD ADMINISTRATIVA. ED. INAP, MÉXICO, 1982.
- 5.- AKZIN, BENJAMÍN. ESTADO Y NACIÓN. ED. FCE. MÉXICO, 1983.
- 6.- ANDERSON, PERRY. EL ESTADO ABSOLUTISTA. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1982.
- 7.- ANDERSON, PERRY. "LAS ANTINOMIAS DE ANTONIO GRAMSCI" EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 13, JUL-SEP 1977, MÉXICO.
- 8.- BAGBY, PHILIP. LA CULTURA Y LA HISTORIA. ED. TAURUS, MADRID, 1956.
- 9.- BATE, LUIS F. CULTURA, CLASES Y CUESTIÓN ÉTNICO-NACIONAL. ED. JUAN PABLOS EDITOR, MÉXICO, 1984.
- 10.- BAUER, OTTO. LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES Y LA SOCIAL DEMOCRACIA. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1979.
- 11.- BEALS, ALAN R. ANTROPOLOGÍA CULTURAL. ED. CRAT-AID, BUENOS AIRES, 1971.
- 12.- BETTELHEIM, CHARLES. REVOLUCIÓN CULTURAL Y ORGANIZACIÓN INDUSTRIAL. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1981.

- 13.- BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN. "CULTURA NACIONAL Y CULTURA DE ESTADO." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 34, OCT-DIC DE 1984, MÉXICO.
- 14.- BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN. "LOS INTERESES PRIVADOS Y LA CULTURA POPULAR." ED. MCP-SEP, MÉXICO, 1980.
- 15.- BONFOL BATALLA, GUILLERMO. "DE POLÍTICAS CULTURALES Y POLÍTICA CULTURAL." EN CULTURAS POPULARES Y POLÍTICA CULTURAL. ED. MCP-SEP, MÉXICO, 1982.
- 16.- BOROJOV, BER. NACIONALISMO Y LUCHA DE CLASES. ED. SIGLO XXI MÉXICO, 1979.
- 17.- BRETON, ALBERT. "INTRODUCCIÓN A UNA ECONOMÍA DE LA CULTURA: UN ENFOQUE LIBERAL." EN INDUSTRIAS CULTURALES: EL FUTURO DE LA CULTURA EN JUEGO. ED. FCE, MÉXICO, 1982.
- 18.- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN. DE LA CULTURA LIBERAL A LA SOCIEDAD DISCIPLINARIA. ED. FLACSO, SANTIAGO DE CHILE, 1977.
- 19.- BUCI-GLUCKSMAN, CRISTINE. GRAMSCI Y EL ESTADO. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1984.
- 20.- CACCIARI, MASSIMO. "TRANSFORMACIÓN DEL ESTADO Y PROYECTO POLÍTICO." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 25, JUL-SEP DE 1980, MÉXICO.
- 21.- CANETTI, ELÍAS. MASA Y PODER. ED. ALIANZA-MUCHNIK, MADRID, 1983.
- 22.- CASSIRER, ERNST. LAS CIENCIAS DE LA CULTURA. ED. FCE, MÉXICO, 1982.
- 23.- CASTRO, NILS. CULTURA NACIONAL Y CULTURA SOCIALISTA. ED. CASA DE LAS AMÉRICAS, LA HABANA, 1978.
- 24.- CLAUDÍN-URONDO, CARMEN. LENIN Y LA REVOLUCIÓN CULTURAL. ED. ANAGRAMA, BARCELONA, 1978.

- 25.- DEUTSCHER, ISAC. LAS RAÍCES DE LA BUROCRACIA. ED. ANAGRAMA, BARCELONA, 1980.
- 26.- DÍAZ-POLANCO, HECTOR. "ETNIA, CLASE Y CUESTIÓN NACIONAL." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 30, OCT-DIC DE 1981, MÉXICO.
- 27.- FLORES, CIPRIANO. LA ADMINISTRACIÓN CAPITALISTA DEL TRABAJO. ED. UNAM, MÉXICO, 1981.
- 28.- FOUCAULT, MICHEL. VIGILAR Y CASTIGAR. ED. XXI, MÉXICO, 1983
- 29.- FREUD, SIGMUND. EL MALESTAR EN LA CULTURA. ED. NUEVA REPÚBLICA. MADRID, 1984.
- 30.- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. CULTURA Y SOCIEDAD: UNA INTRODUCCIÓN. ED. SEP, MÉXICO, 1981.
- 31.- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. LAS CULTURAS POPULARES EN EL CAPITALISMO. ED. NUEVA IMAGEN, MÉXICO, 1982.
- 32.- GARCÍA, JULIA. "FACTORES SOCIALES DE LA CULTURA MEXICANA." EN REVISTA MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES. No. 5-6, JUL-DIC DE 1956, MÉXICO.
- 33.- GIAUINI, MASSIMO SEVERO. "LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA COMO INSTRUMENTO DE MODIFICACIONES SOCIALES: ORIGEN DE LA TESIS." EN REVISTA MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES No. 92, ABR-JUL DE 1978, MÉXICO.
- 34.- GILLY, ADOLFO. "LA ACRE RESISTENCIA A LA OPRESIÓN." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 30, OCT-DIC DE 1981, MÉXICO.
- 35.- GRAMSCI, ANTONIO. NOTAS SOBRE MAQUIAVELO, SOBRE POLÍTICA Y SOBRE EL ESTADO MODERNO. ED. JUAN PABLOS EDITOR, MÉXICO, 1975.

- 36.- GRAMSCI, ANTONIO. LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA. ED. JUAN PABLOS EDITOR, MÉXICO, 1975.
- 37.- GRAMSCI, ANTONIO. EL MATERIALISMO HISTÓRICO Y LA FILOSOFÍA DE BENEDETTO CROCE. ED. JUAN PABLOS EDITOR, MÉXICO, 1975.
- 38.- GUERREÑO, OMAR. "DIALÉCTICA DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA." EN REVISTA MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES No. 92, ABR-JUL DE 1978, MÉXICO.
- 39.- GUERRERO, OMAR. LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA DEL ESTADO CAPITALISTA. ED. FONTAMARA, BARCELONA, 1981.
- 40.- HAUPT, GEORGE Y WEILL, CLAUDIE. "MARX Y ENGELS FRENTE AL PROBLEMA DE LAS NACIONES." EN LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS. DE MARX, CARLOS Y ENGELS, FEDER-CO. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1980.
- 41.- HEISKANEN, ILKKA. "LA AUTONOMÍA DEL SECTOR PRIVADO Y LA INTERVENCIÓN PÚBLICA EN LAS INDUSTRIAS CULTURALES." EN INDUSTRIAS CULTURALES: EL FUTURO DE LA CULTURA EN JUEGO. ED. FCE, MÉXICO, 1982.
- 42.- HELLER, HERMAN. TEORÍA DEL ESTADO. ED. FCE. MÉXICO, 1981.
- 43.- HOLLOWAY, JHON. "EL ESTADO Y LA LUCHA COTIDIANA." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 24, ABR-JUL DE 1980, MÉXICO.
- 44.- HOLLOWAY, JHON. FUNDAMENTOS TEÓRICOS PARA UNA CRÍTICA MARXISTA DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA. ED. INAP, MÉXICO, 1982.
- 45.- HENRY, JULES. LA CULTURA CONTRA EL HOMBRE. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1987.
- 46.- KHAN, J.S. EL CONCEPTO DE CULTURA: TEXTOS FUNDAMENTALES. ED. ANAGRAMA, BARCELONA, 1981.

- 48.- LENIN, V.I. LA CULTURA Y LA REVOLUCIÓN CULTURAL. ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1966.
- 49.- LENIN, V.I. ACERCA DE LA INCORPORACIÓN DE LAS MASAS A LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO. ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1978.
- 50.- LENIN, V.I. CONTRA LA BUROCRACIA. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1981.
- 51.- LENIN, V.I. "LA DUALIDAD DE PODERES" EN OBRAS ESCOGIDAS T. II, ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1978.
- 52.- LENIN, V.I. "LA CULTURA PROLETARIA." EN OBRAS ESCOGIDAS T. III, ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1978.
- 53.- LEWIS, MOSHE. "LAS RAÍCES SOCIALES DEL ESTALINISMO." EN EN CONTRA DE LA BUROCRACIA. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1981.
- 54.- LÓPEZ PINA, ANTONIO Y ARANGUREN, EDUARDO. LA CULTURA POLÍTICA DE LA ESPAÑA DE FRANCO. ED. TAURUS, MADRID, 1976.
- 55.- MALINOWSKI, BRONISLAW. UNA TEORÍA CIENTÍFICA DE LA CULTURA. ED. SUDAMÉRICA, BUENOS AIRES, 1978.
- 56.- MARCUSE, HERBERT. EL HOMBRE UNIDIMENSIONAL. ED. JOAQUÍN MORTÍZ, MÉXICO, 1984.
- 57.- MARCUSE, HERBERT. ÉROS Y CIVILIZACIÓN. ED. JOAQUÍN MORTÍZ, MÉXICO, 1985.
- 58.- MARROQUÍN, ENRIQUE. LA CONTRACULTURA COMO PROTESTA. ED. JOAQUÍN MORTÍZ. MÉXICO, 1975.
- 59.- MARTÍNEZ, JOSE LUIS. POLÍTICA CULTURAL. [MIMEOGRAFIADO].
- 60.- MARCOS, PATRICIO. ESTADO. ED. EDICOL. MÉXICO, 1977.

- 61.- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. ANÁLISIS FUNCIONAL DE LA CULTURA. ED. DIÓGENES, MÉXICO, 1971.
- 62.- MARX, CARLOS. CRÍTICA DE LA FILOSOFÍA DEL ESTADO DE HEGEL. ED. GRIJALBO, MÉXICO, 1978.
- 63.- MARX, CARLOS. "SOBRE LA CUESTIÓN JUDÍA." EN LA SAGRADA FAMILIA. MARX, CARLOS Y ENGELS, FEDERICO. ED. GRIJALBO, MÉXICO, 1967.
- 64.- MARX, CARLOS. EL 18 BRUMARIO DE LUIS BONAPARTE. EN OBRAS ESCOGIDAS T.I. DE MARX Y ENGELS, ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1978.
- 65.- MARX, CARLOS. LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA. EN OBRAS ESCOGIDAS T.II. DE MARX Y ENGELS, ED. PROGRESO, MOSCÚ, 1978.
- 66.- MATTELARD, ARMAND Y PIEME, JEAN MARIE. "LAS INDUSTRIAS CULTURALES: GÉNESIS DE UNA IDEA." EN INDUSTRIAS CULTURALES: EL FUTURO DE LA CULTURA EN JUEGO. ED. FCE, MÉXICO, 1982.
- 67.- MILIBAND, RALPH. EL ESTADO EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1983.
- 68.- MONSIVÁIS, CARLOS. "CULTURA POPULAR. REIR LLORANDO." EN POLÍTICA CULTURAL DEL ESTADO MEXICANO. ED. CEE, MÉXICO, 1983.
- 69.- MONSIVÁIS, CARLOS. "LA NACIÓN DE UNOS CUANTOS Y LAS ESPERANZAS ROMÁNTICAS." EN EN TORMO A LA CULTURA NACIONAL. ED. INI. MÉXICO, 1976.
- 70.- MONSIVÁIS, CARLOS. "NOTAS SOBRE EL ESTADO, LA CULTURA NACIONAL Y LAS CULTURAS POPULARES EN MÉXICO." EN CUADERNOS POLÍTICOS No. 30, OCT-DIC DE 1981, MÉXICO.
- 71.- MORIN, EDGAR. DEL ANÁLISIS CULTURAL A LA POLÍTICA CULTURAL. ED. UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, CARACAS, 1981.

- 72.- MUÑOZ AMATO, PEDRO. INTRODUCCIÓN A LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA. ED. FCE, MÉXICO, 1983.
- 73.- NOVELO, VICTORIA. "LA EXPROPIACIÓN DE LA CULTURA POPULAR." EN CULTURAS POPULARES Y POLÍTICA CULTURAL. ED. MCP-SEP, MÉXICO, 1982.
- 74.- PACHECO, JOSÉ EMILIO. "LA PATRIA PERDIDA." EN EN TORMO A LA CULTURA NACIONAL. ED. INI, MÉXICO, 1976.
- 75.- PORTANTIERO, JUAN CARLOS. LOS USOS DE GRAMSCI. ED. FOLIOS, MÉXICO, 1983.
- 76.- POULANTZAS, NICOS. ESTADO, PODER Y SOCIALISMO. ED. SIGLO XXI, MÉXICO, 1983.
- 77.- PRIETO, FRANCISCO. LA CULTURA FORMAL EN EL PROCESO DE DESARROLLO SOCIAL. ED. UNAM, MÉXICO, 1980.
- 78.- REYES HEROLES, FEDERICO. ENSAYO SOBRE LOS FUNDAMENTOS POLÍTICOS DEL ESTADO CONTEMPORÁNEO. ED. UNAM, MÉXICO, 1983.
- 79.- ROCES SUÁREZ, WUENSESLAO. LA CULTURA DE NUESTRO TIEMPO. ED. ESPAÑA POPULAR, MÉXICO, 1948.
- 80.- ROCKER, RUDOLF. NACIONALISMO Y CULTURA. ED. IMAN, BUENOS AIRES, 1942.
- 81.- ROSITI, FRANCO. HISTORIA Y TEORÍA DE LA CULTURA DE MASAS. ED. GG. BARCELONA, 1980.
- 82.- SCHELER, MAX. HOMBRE Y CULTURA. ED. MINISTERIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA, GUATEMALA, 1952.
- 83.- SWINGWOOD, ALAN. EL MITO DE LA CULTURA DE MASAS. ED. PREMIA EDITORA, MÉXICO, 1981.

84.- UVALLE, BERRONES, RICARDO. EL GOBIERNO EN ACCIÓN. ED. FCE, MEXICO, 1984.

85.- VALENTINE, CHARLES. LA CULTURA DE LA POBREZA. ED. AMORRORTU, ARGENTINA, 1969.

86.- WALDO, DWIGHT. "ADMINISTRACIÓN PÚBLICA Y CULTURA." EN ADMINISTRACIÓN PÚBLICA. ED. HERRERO, MEXICO, 1967.

87.- WEBER, MAX. EL POLÍTICO Y EL CIENTÍFICO. ED. ALIANZA EDITORIAL, MADRID, 1980.

88.- WILLIAMS, RAYMOND. "LAS COMUNICACIONES COMO CIENCIA CULTURAL" EN EXAMEN DE LA CULTURA POPULAR. ED. FCE. MEXICO, 1982.

89.- WHITE, LESLIE. LA CIENCIA DE LA CULTURA. ED. PAIDÓS, BUENOS AIRES, 1964.

90.- ZNAMIECKI, FLORIAN. LAS SOCIEDADES DE CULTURA NACIONAL Y SUS RELACIONES. ED. EL COLEGIO DE MEXICO, 1944.